


a 00002 57076 5

RAFAEL CONTE

IMPRESIONES AMERICANAS

> La bohemia ...da no es camino: es un c...jón sin salida.
>
> ...RI MURGER.

PROLOGO DE

MARIO MUÑOZ BUSTAMANTE



HABANA

IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
30, AMARGURA 30
1908

A la venerada memoria
de mi padre.

AL LECTOR

El titulo de este libro es el mismo que dí á las crónicas que desde New York, Washington, St. Louis, y otras poblaciones de los Estados Unidos, envié, durante algunos años, á varios periódicos de Cuba; especialmente al importante diario habanero, *La Discusión.*

He procurado siempre en mis correspondencias periodísticas pintar las costumbres y el carácter del pueblo americano, aplaudiéndole con entusiasmo cuando aplausos ha merecido y censurándole con dureza, cuando lo he creído justo y oportuno.

La bondadosa acogida que la prensa y el público dispensaron á mis modestísimas Impresiones Americanas, las cariñosas excitaciones de algunos compañeros y ¿por qué no decirlo?, el deseo que, al igual de todos los escritores (buenos y malos) tengo de publicar *mi primer libro*,

me han decidido á recopilar en este tomo algunas de las crónicas que publiqué en *La Discusión*, el *Diario de la Marina*, *La Lucha*, *El Fígaro*, *Cuba Pedagógica*, *El Nuevo País* y *Cuba* de la Habana, *El Constitucional*, de Caracas y *La Democracia*, de Puerto Rico, á las cuales he adicionado varios trabajos inéditos, relacionados—directa ó indirectamente—con la vida americana.

De más está que diga que IMPRESIONES AMERICANAS es un libro modesto y humilde. Siéndolo el autor, tiene necesariamente que serlo la obra.

Lo único que con su publicación me propongo es, primero, entretener á los que tengan la paciencia de leerme, y después servir á mi patria en la medida de mis fuerzas.

Dadas las relaciones íntimas que nos unen á los Estados Unidos, el conocimiento del modo de ser, el carácter y sobre todo de los *procedimientos* de ese pueblo (tan distinto del nuestro), tiene por fuerza que resultar interesante, por lo menos, para los cubanos.

No es otro el objeto de IMPRESIONES AMERICANAS.

De que muchos de mis juicios y apreciaciones pueden ser erróneos estoy convencido de antemano. No pretendo la infalibilidad.

Tampoco se me oculta que en cualquier otro escritor hubieran encontrado los americanos intérprete más feliz y los cubanos servidor más eficaz.

Pero, al mismo tiempo, me permito dudar que ese *otro* hubiese juzgado á los primeros con más honradez, ni servido á los segundos con mejor deseo.

RAFAEL CONTE.

Habana, Agosto de 1908.

¿PRÓLOGO?

El autor de IMPRESIONES AMERICANAS *me pide un prólogo para este libro cien veces interesante, y yo accedo gustosísimo á su petición, no porque me juzgue con fuerzas y títulos bastantes á ello, sino por la hermosa idea de confraternidad juvenil que entraña ese deseo suyo.*

Rafael Conte tiene demasiado mérito y prestigio demasiado para que cualquiera de nuestros grandes hombres literarios se honrara con abrir las puertas de oro de la obra presente.

Mas él ha preferido la firma de un compañero íntimo á la firma de un compañero ilustre, dando así inequívoca prueba de su generosidad y de su modestia.

¿Quién no conoce á Conte, el escritor de altos quilates, el periodista inquieto, el repórter infatigable? En la prensa yanqui, en la prensa suramericana y en la prensa de Cuba, ha lucido

siempre su nombre como blasón de talento extraordinario.

Decía Anatole France—y no he de seguir pedanteando con citas baratas de erudito á la violeta,—que un ser humano necesitaba para inspirar cariño cierta dosis de intranquilidad nerviosa.

Conte es un ser intranquilo por excelencia. Nunca le he visto reposar diez minutos. Tras su rostro de sajona apariencia, brilla un alma tropical, un alma-sol, toda fuego, toda luz, llena de pasiones hirvientes, de impulsos generosos, artística y soñadora. Conozco á maravilla su vivir trashumante, salpicado de sabrosas aventuras, con una novela en cada viaje, una lucha en cada día y una experiencia en cada hora. Hoy en la Habana, mañana en New York, pasado en Constantinopla ó quizás dónde... De las "tierras solares" á las tierras nevadas ha ido constantemente en loca romería, buscando sensaciones, distracción, trabajo y gloria.

¿Quién mejor que un viajero semejante para describir tipos y paisajes, si sus ojos han observado á individuos de casi todas las razas y han contemplado á la Naturaleza en casi todas las latitudes? Por eso su pluma-pincel, que no desconoce ningún color, ha sabido dar tanto parecido á las figuras humanas y tanto relieve á los paisajes del

natural. Abrid este volumen, este álbum sorprendente. Aquí encontraréis una imagen de mujer, cuyas líneas suaves parece que palpitan voluptuosamente; allá un viejo, cuya cabeza desgreñada se mueve sacudida por el pensamiento; acullá un aguafuerte de oscuros tintes y dramática intención; más adelante un óleo de complicado asunto y raro simbolismo; en la otra página una acuarela de tonos finos, riente, perfumada con el aroma sutil del bosque ó la esencia embriagadora del océano... Vida la suya intensamente vivida, posee el encanto de los brotes, de las crispaturas, de los crepúsculos, de las tempestades, de las batallas, de los placeres, de los dolores, de cuanto es energía, calor, movimiento, combate.

Juventud, amazona gentil que, sobre el Pegaso de la audacia, vuelas por el mundo, de triunfo en triunfo, ¡cómo palpita en este libro tu corazón entusiasta, cómo flota tu brillante cabellera, cómo esplende tu lanza vencedora, de florecida cruz y punta recia!

Conte, escritor varonil y realista, limpio de ampulosidades, claro en la emisión del juicio y liberal en el uso del lenguaje, resulta un estilista sencillo y un narrador delicioso.

Como periodista reúne á la acción viva la reflexión discreta, y á su actividad "reporteril", hermana su valer profundo de literato.

A mayor abundamiento he de añadir que me encantan su amor á los deportes, su afición al atletismo, el elevado concepto que le merecen las cosas del cuerpo, las simpatías que siente hacia la fuerza y la heroica idea que le inspira el humano combatir.

No sé por qué me sublevan los espíritus contemplativos, la gente que vive sólo pensando en el alma y en lo infinito, las personas enamoradas de las polillas, los roedores que, encerrados en las bibliotecas, perforan libracos y honras, los flacos de carne y energía, los intelectuales á secas.

A mi juicio, mal merece el pan que come quien, sobre sus aptitudes mentales, no tiene en los músculos dureza y flexibilidad para resistir unas veces y adaptarse otras á las exigencias materiales de la vida.

Rafael Conte es de los míos; y los míos son aquellos capaces de luchar y vencer con la cabeza y con los puños.

M. MUÑOZ-BUSTAMANTE.

LA MUJER AMERICANA

En su famoso apóstrofe al pueblo americano dijo Eduardo de Laboulaye: «Eres el pueblo del porvenir: tus hombres son los más valientes; tus mujeres las más bellas de la Creación.»

Y al célebre escritor no lo arrastraron sus compatriotas al regresar á París. (!)

Después de todo, si Laboulaye era sincero al escribir, hizo bien en decir lo que sentía. Son pocos, por desgracia, los que, como él, se atreven á hacer público lo que piensan.

Por mi parte, puedo asegurar que si tal creyese, lo declararía sin vacilar. Pero me parecen un tanto exageradas las opiniones del escritor francés.

La mujer americana es bella, por regla general, y esto se debe, principalmente, al cruzamiento de razas. Yo he visto en Italia y Alemania soberbios ejemplares de belleza femeni-

na; pero en ningún país del mundo he tenido ocasión de admirar tanta diversidad de mujeres hermosas como en los Estados Unidos. Cada país posee un tipo especial de belleza. En los del Norte, salvo contadísimas excepciones, la mujer es rubia, melancólica, sonrosada, tierna. En los meridionales, en cambio, predomina un tipo completamente distinto. Los Estados Unidos es el único país que posee, casi en número igual, todos los tipos de belleza que existen. La mujer rubia, la mujer morena, la de ojos tiernos y la de mirar abrasador, ocupan idéntico espacio en el padrón de la hermosura.

Pero bellas como son las hijas de este suelo, no por eso me atrevería yo á decir que son las más lindas de la tierra. No vacilo, en cambio, en afirmar que la norte-americana es, sin disputa, la mejor educada y la más culta de todas las mujeres. Nótese, sin embargo, que no la califico de la más inteligente. Es sólo la más ilustrada y la que ha recibido mejor educación.

También es artista. Ha comprendido que el cabello constituye el mejor adorno de la mujer y cuida del suyo con esmero. No existe mujer mejor peinada que la norte-americana.

Saludable, robusta, bien formada, por lo común, une su elegancia exquisita á estas do-

tes naturales, y su aspecto cautiva desde el primer momento.

¡ Y laboriosa.. ! En este gran país de gente trabajadora, quien más trabaja es la mujer. Es la abeja-reina de esta inmensa colmena.

Cubanos que habéis visitado los Estados Unidos y tenido ocasión de observar en las calles, en las tiendas, en el teatro á la mujer americana, ¿ habéis tenido oportunidad de admirarla en el hogar ? Es allí donde brilla con todo su esplendor.

* * *

Sucede en este país una cosa muy original y que no ocurre en ninguna otra parte: Que el hombre es, intelectualmente considerado, muy inferior á la mujer.

La americana, que tiene la convicción de que es superior al hombre, no puede (ni debe) someterse á él. Y de ahí esos rasgos dominantes y altaneros que se advierten en ella y que forman la base de su carácter.

No ignora la americana, sin embargo, que si bien intelectualmente es superior al hombre americano, no lo es al hombre de otros países. Y así la vemos arrogante y á veces indiferente

y despreciativa con sus paisanos, y en cambio mansa, humilde y cariñosa con el extranjero.

*
* *

«Si las mujeres mandasen,
en vez de mandar los hombres,
serían balsas de aceite
los pueblos y las naciones.»

Así dice la letra de un popular coro de una popular zarzuela que iba yo á oir algunas veces al popular teatro de Albisu, después de aburrirme de lo lindo en el popular Malecón.

Reza el antiguo refrán, que «donde menos se piensa salta la liebre». Y dice bien el refrán. Antes de oír ese bonito coro nunca había yo pensado seriamente en los buenos ó malos resultados que podría tener para la humanidad la subida al poder del bello sexo, ni se me había ocurrido siquiera que pudiese llegar un momento en que las mujeres tratasen seriamente de mandar. Pero después que tuve el gusto de oír á los coristas de Albisu estornudar una noche el precitado coro, no ha pasado día en que no haya dedicado cinco minutos por lo menos á preguntarme qué vendría á ser de los pobres habitantes del planeta Tierra, si llegaran á subir las sayas y á caer los pantalones.

En un país como Cuba, naturalmente, nadie jamás se ha preocupado por eso. Allí el sexo bello es también el sexo débil. Pero aquí, ¡¡¡Dios nos ampare!!!

Aquí no es, como en los demás pueblos, un problema futuro el imperio de la mujer; aquí es reina ya; lo es desde hace mucho tiempo, y su influencia y poderío son cada día mayores.

New York es el paraíso de las mujeres, el purgatorio de los caballos y el infierno de los hombres.



Y ahora, como si no tuviéramos bastante, la ilustre escritora *Carmen Silva* (que es reina de verdad) se descuelga con un extenso artículo en el que pretende demostrar las inmensas ventajas que reportaría á la humanidad el aniquilamiento moral (¡moral nada más!) del bípedo masculino.

Carmen Silva, al escribir ese artículo, no se sintió literata, sino mujer. Se deja llevar demasiado lejos por su parcialidad, y hace declaraciones que no por ridículas dejan de ser peligrosas. Porque llevan al seno del hogar el germen de la rebelión.

El aludido escrito viene á ser una especie de proclama incitando á las hijas de Eva á la sedición para obtener la libertad. Y el consejo me parece malo.

¿Qué mujer que haya leído el artículo de *Carmen Silva* se someterá en lo futuro á la voluntad del marido? Aquí, en los Estados Unidos, sobre todo, donde ya se consideraban iguales al hombre, se considerarán ahora superiores á él.

Hoy las mujeres yankees montan á caballo como llaneros, manejan admirablemente la espada y frecuentan, armadas de revólvers, las casas de juego y los clubs. Mañana, después que hayan digerido el indigesto artículo de *Carmen Silva*, pretenderán qne los hombres duerman al niño y aprendan á bordar.

«Si las mujeres mandasen,
en vez de mandar los hombres...»

unos opinan que «serían balsas de aceite los pueblos y las naciones»; otros, que todo andaría de mal en peor. Yo no quiero dar mi opinión. Razones poderosas tengo para reservármela, entre otras, que si en algo temo incurrir es en el enojo de mis bellas compatriotas.

Pero debo decir con toda franqueza que no

me gustaría mucho ver á las mujeres en el poder. Porque eso me haría el mismo efecto que el sol saliendo por el Oeste.

Hoy ví un carruaje automóvil que tiraba de un caballo y aquello me pareció el mundo al revés. Una dama presidiendo una república sería una cosa igual.

New York, Noviembre de 1902.

RACE SUICIDE

Esto, que traducido libremente al castellano significa *destrucción de la prole*, constituye hoy en los Estados Unidos la nota de actualidad.

El crimen de infanticidio se comete al por mayor; las columnas del registro civil anotan menos nacimientos cada día; los partes de policía, en cambio, son cada vez más numerosos. El sér que nace ha escapado milagrosamente al abortivo, pero está todavía amenazado por la extrangulación ó el veneno.

La... ¿cómo diré? *cirugía clandestina* se practica de manera alarmante. También la Ciencia tiene sus aberraciones. En este caso olvida por completo su misión sagrada; y en vez de procurar el mejoramiento de la especie humana, contribuye á su extirpación.

La mujer norte-americana, bella, saludable, robusta, cuya economía contiene gran cantidad

de glóbulo rojo y cuyo corazón es capaz de grandes abnegaciones, ha degenerado en la parte moral. Tipo acabado de matrona, hase convertido en hembra estéril.

La corrupción es cada vez mayor. No existe la prostitución reglamentada; pero existe, en cambio, la clandestina, que es mucho peor. Las tiendas y talleres son algo así como la antecámara del burdel.

El número de matrimonios disminuye. Nadie quiere casarse. ¿Para qué? El amor es libre, ó casi libre. Y se ponen *los medios* para evitar la procreación. Los hijos siempre estorban: los propietarios se niegan á admitir familias con niños en sus casas. Además, la maternidad hace perder á la mujer gran parte de sus encantos...

En las universidades los jóvenes atletas arrojan el disco como griegos y luchan como romanos en el *ring*. Poseen la belleza de Apolo y la fuerza de Hércules.

...Pero no son padres jamás.

Las cosas han llegado á tal extremo, que el gobierno ha tomado cartas en el asunto y se estudian varios proyectos para extirpar el mal.

Dudo que se obtenga resultado práctico. La corrupción de las costumbres en los Estados Unidos está en relación directa con el gra-

do de cultura á que ha llegado el pueblo americano. También Roma y Grecia fueron corrompidas. « La Historia se repite: un siglo es plagio del anterior.»

Y aquí tenemos á los bárbaros en casa. No está lejano el día en que este gran país sea conmovido por una espantosa revolución social.

La estatua de Bartholdi que se levanta soberbia á la entrada del puerto de New York, necesita un *pendant*. Una estatua de Afrodita, colocada al otro lado del río, no resultaría enteramente fuera de lugar. Porque al divisarlas, el viajero que llegara comprendería que arribaba, no sólo á la tierra de la libertad, sino también á la de la corrupción.

Algunos de los muchos que se han ocupado de este grave problema echan la culpa de todo cuanto ocurre á los franceses. « Son ellos, dicen, los que han enseñado á las mujeres americanas ese arte diabólico que hace disminuir nuestra raza.»

El hecho es que también en Francia se ha levantado un grito de indignación contra ese crimen de lesa humanidad. Y allá como acá han tratado los caballeros andantes de la decencia de poner coto al mal. Y nada han podido conseguir.

—¡Cómo está el mundo!, exclaman los *buenos*, que en todas partes son los imbéciles.

Y se quedan muy convencidos de que esto va mal; que la situación ha empeorado y que los habitantes del planeta se han hecho peores.

Y no tienen razón; porque el mundo siempre ha sido peor y sus habitantes no han hecho otra cosa que lamentarse, desde Noé, que se quejaba de la falta de lluvia, y pocos días después, encerrado en el arca, maldecía del diluvio, hasta nuestros hacendados, que rabiaban cuando el azúcar bajó (!) á ocho reales la primera vez, y continuaron rabiando cuando volvió á subir, y pusieron el grito en las nubes cuando bajó á cuatro reales y ahora lo ponen en el quinto cielo porque ha mejorado un tanto la situación del mercado.

La humanidad tiene eso de común con las almas en pena y los poetas decadentistas: que siempre está lloriqueando y lamentándose por algún motivo.

New York, Abril de 1903.

EL FANATISMO RELIGIOSO EN LOS ESTADOS UNIDOS

HOY HA terminado la Cuaresma, con gran alegría de los que no creemos que para ser buen cristiano y ganar el cielo es preciso pasarse varios días convertido en *Capitán Nemo*, sin comer otra cosa que pescado.

Este gran país, que tanto bueno encierra y que tan excelentes cualidades posee, adolece de un gravísimo defecto: es fanático en grado superlativo.

Tenemos la costumbre los latinos de censurar con exagerada dureza todas nuestras faltas, aun las más leves, y de ensalzar, en cambio, más exageradamente si cabe, las virtudes ajenas, por dudosas que sean.

Hablad mal de un país cualquiera, que no sea el suyo, á un americano ó á un inglés, y se en-

cogerá desdeñosamente de hombros, ó se apresurará á participar de vuestra opinión. Y si es de pura sangre, añadirá: «¡Qué diferencia á nosotros! el nuestro sí que es un país ideal!»

Y en cambio un latino (especialmente si es de raza española) parece que goza cuando alguien, en su presencia, dice pestes de su patria; y al mismo tiempo está siempre dispuesto á romper lanzas en defensa de *John Bull* y de su primo *Jonathan*.

Hago esta digresión por dos motivos: en primer lugar, porque sé de antemano que no faltarán anglo-sajones honorarios que me censurarán amargamente por haber cometido el horrendo crimen de decir que en los Estados Unidos impera el fanatismo, y en segundo lugar, porque voy á ocuparme de *asuntos eclesiásticos* (ejem!) y por asociación de ideas me viene á la memoria el suelto periodístico del *Heraldo de Madrid*, que reproduce y comenta mi amigo y compañero Francisco Hermida, en carta reciente á *La Discusión*, desde la capital de España.

Me refiero al cura que, al pasar el Viático por la calle del Ferrocarril, obligó á un pacífico habitante de la Villa y Corte á despojarse del sombrero, haciéndole prender después.

Se queja el diario madrileño de que suceso tan escandaloso haya ocurrido en la ciudad

principal de España, en pleno siglo xx; y no necesito haberlo oído para estar seguro de que muchos de los que se hayan enterado de la ocurrencia, se habrán apresurado á exclamar: «*Eso no se vé más que en España! ¡Qué había un cura de cometer semejante atropello en otro país!*»

Pues bien: sepan los que tal hayan dicho ó pensado, que aquí, en los Estados Unidos, la tierra de la libertad y la democracia, un cura es capaz de cso y mucho más, y NO HAY PERIÓDICO QUE SE ATREVA Á PUBLICAR UN SUELTO COMO EL DE *El Heraldo.*

Un diario americano (de New York sobre todo) que no vacila en llamar LADRÓN con todas sus letras á un Jefe de Policía, á un Gobernador y aun á un Secretario de la Guerra, no se atrevería á dirigir á un cura el menor ataque, porque perdería todos sus suscriptores, si es que una turba de fanáticos no invadía las oficinas y *lynchaba* al director.

Hé aquí un ejemplo que pone de manifiesto á qué grado de locura llega el fanatismo religioso de los norte-americanos:

No hace mucho tiempo, el verano pasado, se exhibían en una iglesia de esta ciudad algunos fragmentos de huesos humanos y varios trapos inmundos, á los que se daba el nombre de *Reliquias de Santa Ana*, atribuyéndoseles virtudes

curativas verdaderamente prodigiosas. Con sólo besar aquellas inmundicias, los ciegos recobran la vista, los mudos el habla, los paralíticos el uso de sus miembros.

El pueblo (¡EL GRAN PUEBLO AMERICANO!) creía á puños cerrados las patrañas que referían los curas que custodiaban las «reliquias»; y era tal la afluencia de gente á la iglesia, que la policía lograba con dificultad mantener el orden.

¡Naturalmente! todos los que besaban aquellas porquerías salían diciendo que estaban completamente curados.

¿Quién no ha leído *Lourdes*, la gran novela del gran Zola?

Un médico que residía cerca de la iglesia donde tales *milagros* ocurrían, resuelto á poner término á la bochornosa comedia, pagó una buena suma á un negro, para que se paseara por los alrededores del templo llevando un cartelón en el que se leía lo siguiente:

> Examino gratis á todas aquellas personas que quieran venir á mi clínica. Y si á un inválido que haya yo desahuciado lo curan luego las Reliquias de Santa Ana, estoy dispuesto á regalarle mil pesos.

El pobre negro se presentó con su cartel frente á la iglesia, y cinco minutos después era ¡¡¡DESPEDAZADO!!! por aquella muchedumbre de fanáticos, á quienes exhortaban desde la puerta del templo los curas, crucifijo en mano.

New York, Abril de 1903.

* * *

¡Y luego dirán de Londres y de Liverpool...! Allí, por lo menos, el humo es de carbón, mientras que aquí..!

¡Ríanse ustedes de eclipses, y de terremotos, y de Mont Pelees. Nada de esto puede compararse á la espesa humareda que nos envuelve.

El cielo, de un purísimo azul hace tres días, estuvo gris anteayer; ayer negro como la tinta y hoy... ¡bueno! hoy no tenemos cielo. ¡Pobres poetas!

Se respira algo así como cisco de carbón, y todo, hasta el poco aire que circula, tiene color de polvo de ladrillo.

New York se ha convertido en el vórtice de una gran conflagración. Los bosques seculares de New England, Maine, Long Island y los Adirondacks están ardiendo, y un espantoso

círculo de fuego y humo rodea la Ciudad Imperial.

El sol, casi eclipsado, parece *luna* de teatro de *vaudeville.* No da luz ni calor. Permanece oculto casi todo el día, y de repente, cuando ya nadie se acuerda de él, se presenta ofreciéndose á la vista por espacio de cinco minutos, hecho un queso de bola sideral. Desprovisto de su brillante cabellera, carece de fuerza y de vigor; y semejante á un Sansón rasurado, se tambalea en el espacio, con traspiés de borracho trasnochado, que se dirige á su casa en medio de las tinieblas de la noche.

Vista desde el mar, New York es una sombra. Y todo el mundo está de mal humor. El único habitante de la metrópoli que se siente feliz es Vargas Vila. Y á fe que no le falta razón.

¿Puede darse mayor ventura para un decadentista que residir en el seno de una *sombra larga* tan interesante como New York?

Y ¡contraste notable! Mientras los estados del Este son barridos por una inmensa falange de llamas, los del Oeste sufren los horrores de una espantosa inundación. Las torrenciales lluvias de los días pasados han desbordado los grandes ríos, que, salidos de madre, han sumergido poblaciones enteras. St. Louis, la

admirable St. Louis, ha recibido ya los primeros embates del temporal. Su río, el majestuoso Mississippi, ha rebasado su cauce, precipitándose, como irresistible avalancha, sobre la progresista ciudad.

....

....

Y en el Oeste, lo mismo que en el Este, los curas han tomado cartas en el asunto y comenzado á orar. Los de acá para que llueva: los de allá para que cese de llover.

Es probable que el encargado, allá en el cielo, de dispensar aguaceros, se sienta á estas horas vacilante y lleno de perplejidad. ¿A qué curas complacer, á los de New York ó á los de Missouri?

Esta mañana, en la catedral católica de St. Patrick, presencié un espectáculo que me impresionó vivamente.

El templo estaba lleno de una muchedumbre de... fieles, que creía á ojos cerrados que bastaba con que ellos se dieran golpes de pecho y echaran á perder los pantalones por las rodillas para que lloviera.

El pastor de ese rebaño espiritual (que merecía ser lanar) era un curazo de seis pies de alzada. Desde las gradas del altar, elevaba sus preces al Altísimo en latín, idioma que ninguno

de los presentes (sin exceptuarlo á él) entendía probablemente, pidiendo agua.

Yo no había ido al templo á orar para que lloviera, sino á admirar un magnífico cuadro de Dannat que acaba de adquirir la Catedral. Después que hube contemplado durante largo rato el hermosísimo lienzo, me puse á examinar al cura, que con cinismo majestuoso (cuando el cinismo es mucho no deja de tener cierta majestad), que con cinismo majestuoso, digo, se hacía intermediario entre los que perdían su tiempo oyéndole y Dios.

Aquel hombre, capaz de derribar una montaña, bajaba al suelo sus ojillos grises con un aire de fastidio muy marcado, que los fieles, sin duda, traducían por humildad. Su cara era roja, de un rojo algo violáceo, y su labio inferior, colgante, denotaba, ó mucha altanería, ó mucha corrupción. Bajo aquella sotana podían desde luego adivinarse los calzones. Su rostro estaba sombreado de espesa barba que pugnaba por salir, y en toda su persona llevaba impreso en gruesos caracteres el sello de la virilidad.

Aquellos cañones de cerda negra, asomando por los gruesos poros de su rostro rubicundo, estaban en abierta lucha con el dogma; aquellos brazos, aquellas espaldas de gladiador, parecía

como que se rebelaban contra el Concilio de Trento.

—¡Dios Todopoderoso, dadnos lluvia!, repetía.

. . . .
. . . .

A las doce pasaba yo por delante del café del famoso pugilista *Kid Mc. Coy*, situado en la esquina de la calle 40 y Broadway, cuando en un grupo alegre que salía del establecimiento descubrí á *mi cura.* Iba vestido de paisano, y llevaba el traje seglar bastante bien. Los que le acompañaban eran *sports* del Tenderloin.

El Ministro del Señor, que horas antes rezaba en la Catedral para que lloviera, observó con aire de mal humor las nubes, y volviéndose á sus amigos exclamó con una interjección:

—¡Verán ustedes como viene la lluvia á fastidiarnos y á ser causa de que se suspenda el *match* de *base ball!*

New York, Junio de 1903.

* * *

Acabo de regresar á mi casa, después de un prolongado paseo.

Contra mi costumbre, he andado más de veinte cuadras á pie.

Y no vayan ustedes á creer que mi larga excursión en el famoso *coche de San Francisco*, obedeciera á falta de carruajes ó tranvías, que dicho sea en honor de la verdad, abundan en St. Louis.

Mi caminata se debió única y exclusivamente á que deseaba observar con detenimiento ciertas tiendas de campaña, idénticas á las de los circos, que habían llamado mi atención desde que llegué á esta ciudad.

No se dan cien pasos en St. Louis sin tropezarse con una de esas tiendas.

En un principio creí que su objeto era celebrar en ellas funciones de *caballitos*, y esto me pareció muy lógico y natural, considerando que nos encontramos en plena exposición.

Esta noche, sin embargo, he podido comprender mi error.

En el trayecto de veinte cuadras que he recorrido, encontré nueve tiendas, y hé aquí lo que cada una de ellas encerraba:

Un cura, un sacristán, un piano y una gran muchedumbre de imbéciles.

El cura recitaba los versículos más conocidos del Nuevo Testamento y entonaba los salmos más populares del Antiguo, acompañándose al piano. Este (el piano) gemía bajo las manazas del cura; los imbéciles repetían las palabras del

cura con mucha devoción (la devoción es el síntoma más infalible de que no se ha entendido lo que se oye) y, por último, el sacristán, con una cara muy expresiva de sinvergüenza, pasaba la bandeja, en la que los imbéciles depositaban sendos *green backs*.

Todas las tiendecitas de marras eran otras tantas iglesias improvisadas, en las cuales se predicaban toda clase de religiones, por toda clase de curas, que se acompañaban en toda clase de pianos, y eran escuchados con gran devoción por toda clase de imbéciles, á quienes pedían dinero toda clase de sacristanes.

Oh! Las ametralladoras de Kuroki!! venía yo pensando. ¿Qué se ha hecho de vosotros, cañones de Kuropatkin?

He dicho muchas veces en este mismo periódico, desde New York, que los norteamericanos son fanáticos en grado superlativo.

Pero jamás hubiera podido creer que su fanatismo llegara á tal extremo, si no lo hubiese visto con mis propios ojos, como acabo de verlo.

La mayor parte de los curas que en esas iglesias de lona predican, son entes vulgares y corrompidos, pues de no serlo, ejercerían su ministerio con más decoro.

Sus sermones se reducen á repetir los ver-

síeulos de la Biblia y terminan invariablemente pidiendo dinero á los fieles.

El gobierno no hace nada para impedir ese robo descarado que se comete en medio de la calle, sirviendo los Evangelios de máscara al ladrón.

Algunos de esos predicadores hacen fortuna, como el célebre Dowie. Otros fracasan en su empresa y se hacen misioneros. El gobierno tiene á estos últimos en gran estima.

Un misionero, lo sabe todo el mundo, es el primer eslabón de una cadena á cuyo extremo opuesto se encuentra una carbonera ó una estación naval.

St. Louis, Agosto de 1904.

MI AMIGO NAKAMURA

DESPUÉS de un viaje *m*onótono, *m*olesto, *m*alísimo y otra porción de *emes* á cual *m*ás *m*orrocotuda, hemos llegado al río Mississippi, cuya corriente remontamos en estos momentos, con tiempo hermoso, agradable temperatura y muchas ganas de llegar.

Hasta las nueve de la noche—el capitán acaba de decirme—no estaremos en New Orleans; y como he cometido el horrendo crimen de no adoptar la ciudadanía americana, hasta mañana no me será permitido saltar á tierra.

Esto significa que no llegaré á Saint Louis hasta el sábado; y como ese día tendré que dedicarlo necesariamente al descanso, hasta el lunes no podré visitar la Exposición.

Entre tanto, escribiré algo acerca de mi buen amigo Nakamura, un japonés muy simpático y excesivamente amarillo, que acaba de girar una

visita de inspección á Cuba, en calidad de intérprete y secretario de su compatriota Mr. R. Ota, comisionado del Gobierno del Mikado en la Exposición de Saint Louis.

Cuando llegué á bordo del *Excelsior* y me hube enterado de que los dos ilustres hijos del imperio del Sol Naciente iban á ser mis compañeros de viaje, mi alegría no tuvo límites. Vi abiertas ante mí, de par en par, las puertas del cielo de las *interviews;* y me propuse pasar las tediosas horas del viaje dirigiendo preguntas á los dos chinos reformados.

Siendo Ota el de representación social más elevada, el de edad más provecta y sobre todo el de nombre más fácil de pronunciar, sentí desde luego más inclinación hacia él; y aprovechando la circunstancia de que nos habían señalado á los dos un mismo camarote, no perdí tiempo en abordarle.

¡ Vana esperanza ! Mi japonés y yo no pudimos entendernos, porque ¡ el muy orgulloso ! no conoce otro idioma que el suyo, que es como no conocer ninguno.

Nakamura, en cambio, habla bastante bien el inglés; y á él me dediqué.

Naturalmente, que mis preguntas fueron todas, ó casi todas referentes á la guerra, entre el Japón y Rusia.

—¿ Qué opina usted, empecé interrogándole, acerca del resultado de la campaña ?

—Que nosotros venceremos, respondió sin vacilar.

—Los rusos, sin embargo, dije, son muy fuertes.

—Tal vez, respondió sonriendo Nakamura; pero nosotros somos más fuertes que ellos. El Japón, añadió, no puede perder.

—¿ Por qué ?

—Porque no.

—Esa no es una razón.

—Puede que no sea una razón, pero es la verdad.

—Amigo mío, le dije, me veo obligado á confesar que no le comprendo.

—Ya lo sé, replicó Nakamura. Usted no me comprende, ni me comprenderá jamás; del mismo modo que Rusia no nos comprende, y Europa no nos comprende ni llegará á comprendernos nunca.

—El Japón, prosiguió animándose, es la nueva idea, y las ideas nuevas no pueden ser comprendidas inmediatamente después de enunciadas. ¿ Cuál fué el secreto del éxito de Napoleón ? La novedad. Swarrow fué la primera de sus víctimas, y todos los mejores generales de Europa se sumaron al número,

hasta que Wellington resolvió el problema en Waterloo.

—Según eso, usted cree que el Japón posee el secreto de vencer.

—Absolutamente.

—Y ese secreto, ¿en qué consiste?

Nakamura se dirigió á su camarote, y regresó pocos minutos después, trayendo un diccionario de la lengua japonesa.

Y después de hojearlo cuidadosamente, se detuvo en una página llena de signos incomprensibles para mí.

—Aquí, dijo, debiera encontrarse, siguiendo el orden alfabético que en libros de esta clase se emplea, la palabra *derrota*. Pues bien, esta palabra, cuyo significado comprendo yo por haberlo aprendido en inglés, no existe en nuestro idioma. No existiendo la palabra (que fué abolida hace ya más de mil años por un decreto del Gobierno) tampoco existe su significado. Nuestros soldados ignoran que haya algo equivalente á *derrota*. Cuando van á la guerra no piensan en que pueden ser vencidos. Su dilema es este: *Vencer ó morir*. Por eso vencimos á los chinos, por eso venceremos á los rusos, por eso venceremos siempre.

Nakamura se retiró del salón, y yo me quedé

con ganas de preguntar á mi amarillo amigo, si en el diccionario de su lengua existía por casualidad una palabra equivalente á la inglesa *bluff*.

A bordo del *Excelsior*, Julio de 1904.

THANKSGIVING

Hoy han observado los norteamericanos, con el fervor religioso y buen apetito de costumbre, el día designado por el Presidente Washington en famosa proclama, para dar gracias á Dios y comer pavo.

No me atrevería á asegurar que todos los *yankees* han comido pavo; pero sí puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que todos, absolutamente todos, han hecho presente su agradecimiento al Criador.

Muchos de los que han dado gracias no tendrían, probablemente, motivo para hacerlo; pero ¡qué quieren ustedes; así son los hombres!

Y aun los más perseguidos por la adversidad, aun aquellos que si la blasfemia no fuera de tan mal gusto, tendrían derecho á blasfemar, han elevado hoy sus preces al Altísimo: han dado gracias á la Divina providencia, que si bien los

ha tratado mal durante un año . . podía haberlos tratado peor!

Y hoy, precisamente, he tenido ocasión de comprender hasta qué punto llega la miseria humana.

En el presidio de Sing-Sing, á donde fuí esta mañana, con objeto de visitar á un pobre diablo que cumple condena por haber herido, en reyerta, á un hermano de su mujer, he presenciado una escena lastimosa, horrible; un espantoso cuadro de miseria y abyección.

Aunque no existe ley alguna relativa á la manera como deben observarse los días de fiesta nacional en las penitenciarías del Estado, es costumbre, en *Thanksgiving* y en *Christmas*, suspender los trabajos y dar á los presos una buena comida, endulzando así, en parte, las amarguras de la prisión.

Hoy, día en que todo el mundo come pavo, también lo han comido los desgraciados que gimen en las celdas de Sing-Sing.

A las once, hora señalada para servir el rancho á los presos, el Alcaide, en cuyo despacho me encontraba en aquellos momentos, me invitó cortésmente á que le acompañara en una visita de inspección á la penitenciaría, á lo que accedí con sumo placer.

Los confinados, en sus limpias y ventiladas

celdas, saboreaban en silencio, y salvo contadísimas excepciones con excelente apetito, una suculenta comida, compuesta de sopa, pavo relleno, legumbres, pastel de manzanas, pan y café con leche. Ante aquel espectáculo me sentí hondamente conmovido; y estrechando la mano del Alcaide, le felicité por sus generosos y humanitarios sentimientos.

—Los pobres diablos, me dijo, sufren ya bastante por sus culpas careciendo de libertad. Es justo, pues, proporcionarles una ó dos veces al año, algún aliciente que haga más llevadera su estancia en presidio.

Después que recorrimos la penitenciaría en todas direcciones, llegamos á un corredor largo y estrecho que á pesar de no ofrecer en su construcción nada que lo distinga de las otras galerías, inspira al visitante desde el primer momento, cierto terror involuntario.

Hasta que llegamos allí habíamos hablado en voz alta. Tan pronto penetramos en aquella galería, el Alcaide guardó silencio. Yo, sin poder explicarme el motivo, no osaba despegar los labios.

—¡La *Cámara de Muerte!*—me dijo al oído mi conductor.

Experimenté una fuerte sacudida que estremeció todo mi cuerpo.

Allí, en aquellas celdas, guarnecidas de gruesos barrotes de acero, se encontraban los desgraciados condenados á la silla eléctrica, que dentro de breves días (de breves semanas á más tardar) *tienen* que morir.

Allí estaban *todos:* Patrick, un abogado distinguido, condenado á muerte por envenenador; Tobin, un mozo de café que cortó la cabeza á un parroquiano y trató luego de quemar el cuerpo en la estufa. Nueve individuos ocupaban la *Cámara de Muerte*... si es que puede darse el nombre de « individuo » á quien tiene contados los minutos que le separan del terrible *no ser*.

Y á pocos pasos de ellos, en un saloncito situado al final del corredor, se destacaba el espantoso aparato de muerte (la silla eléctrica) monstruo de madera y hierro, que es á la Ley lo que al asesino el puñal.

Aquellos nueve desgraciados no habían sido olvidados en el sombrío banquete con que obsequiaba á sus presos el Alcaide de Sing-Sing. Ante ellos estaban colocados, simétricamente, los manjares que componían su última comida de *Thanksgiving*.

Pude observar que ninguno probaba bocado. Contemplaban con mirada vaga los platos, y se pasaban la mano por la frente, como para

alejar un recuerdo tierno, pero terrible para ellos en aquel momento: el recuerdo de idénticas fiestas celebradas en días venturosos en el feliz hogar!...

Uno de ellos, sobre todo, llamó mi atención: el envenenador Patrick. Hombre culto, de maneras distinguidas, perteneciente á una familia prominente de la sociedad neoyorkina, parecía encontrarse allí fuera de lugar. Su presencia en la *Cámara de Muerte* parecía un contrasentido. Más lógico hubiera sido verle, el día de *Thanksgiving*, pronunciando un brindis elocuente en un banquete del *Waldorf Astoria*.

Él, por su educación, por su cultura, se podía dar cuenta más exacta de su terrible situación que sus compañeros de infortunio, seres ignorantes, bestias con rostro humano, criminales casi irresponsables.

Condenado á muerte por los hombres, abandonado de Dios, Patrick sabe que TIENE fatalmente que morir.

...Y sin embargo, al aproximarnos á su celda, lo encontramos de rodillas frente á la mesa, ¡DANDO GRACIAS AL CRIADOR!

New York, Noviembre de 1903.

TURQUÍA EN NEW YORK

Esta mañana, después de leer la prensa y enterarme de que los turcos habían asesinado á cerca de cincuenta y nueve mil millones de macedonios, sentí grandes deseos de dedicar una correspondencia á los sucesos de Turquía.

Pero me vino á la memoria una recomendación del Director de este periódico: Que procure siempre tratar asuntos genuinamente americanos. « El Corresponsal, dice, sólo debe ocuparse de los acontecimientos que tengan lugar en el país donde reside. »

Entonces sentí grandes deseos de ser vecino de Constantinopla ó de Monastir.

¡ Ah ! pensé, si yo tuviera algunos años más de práctica periodística, no sería obstáculo el encontrarme tan lejos de la Sublime Puerta para hablar de lo que allí ocurre como si viviera á media cuadra del harem del Sultán.

Yo he conocido colegas que el lunes celebraban una entrevista con Gladstone, en Londres, y el miércoles aplaudían á la Melba en New York. Pero esa *ubicuidad* sólo puede adquirirse después de largos años de experiencia. Para estar dotado de ese precioso dón, es preciso ser periodista antiguo ó ser Dios. Y yo no soy ni Dios ni antiguo periodista... ¡¡Ni falta que me hace!!

Pero, ya fuera de un modo ó de otro, *tenía* que dedicar esta correspondencia al *Trace fiero*. Tenía que hablar de Turquía, como si allí viviera; pero sin salir de Manhattan Island.

Eran entonces las diez. Y me dije:

« Si logras hacer el viaje á los dominios del cínico Abdul-Hamid y estar de regreso en New York á tiempo para enviar tu crónica al correo antes de las once de la noche, serás un chico de pro ».

Media hora después, me paseaba con las manos en los bolsillos y una pipa de aromático tabaco levantino entre los labios, por las sucias y angostísimas calles de la decrépita Stamboul.

Por las aceras, estrechas y desiguales (casi tan malas como las de la Habana), transitaban centenares de seres harapientos y desgreñados; jornaleros que parecían mendigos y mendigos que parecían espectros. Por sus rostros y el

idioma que hablaban entre sí, se comprendía desde luego que eran turcos; pero su indumentaria distaba mucho del traje del creyente de Allah.

Y pensé en Alfonso Daudet. «Quitad al turco su turbante y dejará de ser turco.»

Esos mahometanos vestidos á la europea me robaban gran parte de mi ilusión.

Aquello era Turquía, sin embargo.

Una Turquía en pequeño, una miniatura de la gran metrópoli de Solimán. Era el *Battery Dan:* el barrio turco de New York. De vez en cuando, entre turco y turco, asomaba su cabeza roja un borracho irlandés: como complemento de un *Allkabaher* resonaba un *By gosh!* Sobre algunos edificios, al lado de la *media luna*, tremolaba el *shamrock* de Irlanda.

Aquello no era la Turquía europea, ni la Turquía asiática: era la Turquía irlandesa, la cual es muy digna de estudio, y de la que, probablemente, muy pocos de mis lectores habrán oído hablar.

A las doce entré en el café de Asam. Los platos que allí se sirven, condimentados á la turca, son sumamente agradables al paladar. Por lo demás, no tienen nada de particular. En muchos restaurants de alto copete he visto (y lo que es peor, ¡COMIDO!) (¡Pobre de

mí!), manjares mucho más extraños y probablemente más *peligrosos*, que los que me fueron servidos en casa de Asam. Debo confesar, que aunque mi apetito, á esa hora sobre todo, es invariablemente bueno, lo que más me interesaba en aquellos momentos no era comer, sino enterarme de lo que comen los turcos.

Y dejándome arrastrar por mi fantasía, imaginaba que iba á participar de un festín misterioso. Hubo un momento en que llegué á creer que me servirían algún macedonio á la vinagreta, ó un estofado de armenio con salsa griega.

Y, ¿lo creeréis? Por vez primera me sentí caníbal; comprendí por un instante las delicias de la antropofagía; y de buena gana hubiera dado un mordisco á cualquiera... aun á la monísima hija de Asam, que me servía, sonriendo picarescamente, y haciendo brillar con malicia otomana sus ojazos negros, bajo los artísticos pliegues de su albornoz.

Pero me equivoqué de medio á medio. El cocinero de Asam, maestro en su arte, regaló mi paladar con manjares inocentes y nutritivos. Su guisado de carnero, su tortilla de setas y su arroz con pollo, eran idénticos á los que os pueden servir á vosotros, allá en la Habana, en cualquier restaurant.

Y respecto á platos *misteriosos*, al salir del

café hube de confesarme, que en cuanto á *misterios culinarios*, los turcos no han llegado todavía á la perfección *misteriosa* de nuestros cocidos y *ragouts*.

Me sirvieron el café. Puro Moka. En tacitas que podrían servir de dedal.

Después que hube terminado, hice llamar al hostelero, al *formidable* Asam.

Y de codos sobre la mesa, fumando ambos nuestras retorcidas pipas y aspirando con deleite el aroma de ese delicioso tabaco de Levante, cuyo humo, antes de penetrar en los pulmones del fumador, pasa por una vasija primorosa de agua perfumada con esencias orientales, hablamos largo rato de los asuntos del día.

Cuando le interrogué acerca de los sucesos de Turquía, encogióse desdeñosamente de hombros y contestó: «Eso no tiene importancia. Hablemos, si á usted le parece, de las próximas elecciones para Alcalde de New York.»

Y añadió: «A mí me tiene sin cuidado lo que ocurre en Turquía. Yo soy ciudadano americano, buen demócrata y pienso votar por *Tammany*.»

* * *

Abandoné el barrio turco, subí por la calle Rector hasta Broadway y llegué á Wall Street.

Allí, todos los corredores y banqueros, americanos de pura sangre, no hablaban de otra cosa que de los asesinatos de Monastir.

«Mandaremos la escuadra, decían. Turquía desaparecerá del mapa de Europa. Sus crímenes no pueden continuar...!

....

Y en mis oídos resonaban aún las palabras del turco Asam:

A mí me tiene sin cuidado lo que ocurre en Turquía. Yo pienso votar por *Tammany Hall*...»

New York, Septiembre de 1903.

INICIALES

Es creencia general que los norte-americanós son los príncipes de la concisión.

Ellos saben que esa excelente cualidad se les atribuye; y ¡naturalmente! *se dejan querer.*

—«Nosotros, dicen, empleamos menos palabras que nadie, para expresar una idea.»

Tal vez sea eso cierto; aunque yo creo que la mejor prueba de laconismo que podrían dar sería permanecer callados completamente. Arpócrates tiene más mérito que Grimaud.

Con objeto sin duda, de suprimir palabras, el pueblo yankee emplea más abreviaturas que ningún otro.

Difícilmente se encuentra un americano que diga: «District of Columbia» ó «New York». Dicen: «D. C.» (*di ci*) y «N. Y.» (*en uay*).

Sus abreviaturas, por tanto, empiezan en la Geografía. Después invaden el campo de la Historia.

—Mi padre combatió en « Gett ».

Esto significa: Mi padre combatió en la batalla de Gettisburg.

Os presentan un estudiante:

—¿A qué instituto pertenecéis?

—Al Y. M. C. A., os responde.

Young Men's Christian Association ha querido decir.

—Acabo de graduarme.

—¿En qué Universidad?

—C. U.

Esto significa: *Columbia University*.

—Hoy asistí al *match* de *foot-ball*.

—¿Qué *team* venció?

—C. I. (*Carlisle Indians*).

—Y ¿qué tal el juego?

—N. G. (*no good*).

—Y el terreno estaba en buenas condiciones?

—O. K. (*all right*).

—¿Había algunos amigos entre los espectadores?

—Sí; allí estaba *Doc Dan*. (Esto significa *Doctor Daniel*.)

Vais á casa de vuestro corredor en Wall Street.

—¿Cómo está el mercado?

—S. T. (*strong*, firme).

—¿No se ha iniciado alza en los valores?

—Sí, en algunos: especialmente N. P. R. R. Lo que ha querido decir es: *Northern Pacific Railroad.*

—¿Qué me aconseja usted que compre?

—A. O. T. Esto significa: «cualquier cosa» (*any old thing*).

Por la noche queréis comprar un periódico. Deseáis, por ejemplo, el *Evening Telegram.* Pues, no tenéis que decir al vendedor más que esto: *Tel.*

Después entráis en un café.

—P. J., decís al mozo. Y os traerá whiskey marca *Paul Jones.*

Y por último, antes de iros á casa, podéis llamar por el *phone* (*telephone*) al *depot* donde tenéis depositado vuestro *auto* (automóvil) y ordenar que lo tengan listo para las nueve de la mañana, pues deseáis ir en él á la estación para tomar el tren del P. R. R. (*Pennsylvania Railroad*) que ha de conduciros á *Phila* (Philadelfia), pues habéis decidido ir á pasar las *Xmas* (*Christmas*) en aquella ciudad.

New York, Diciembre de 1903.

SAN-PI-LO

No se trata de ningún general chino más ó menos *boxer*, ni se trata tampoco del conflicto ruso-japonés.

San-Pi-Lo, sin embargo, es súbdito del Celeste Imperio; y aunque no ha sido agraciado con la túnica amarilla ni con la pluma de pavo real, es todo un personaje capaz de precipitar un sangriento conflicto digno de desarrollarse bajo las murallas de Pekín.

Por su causa han venido una vez más á las manos los vasallos de la Emperatriz viuda y los no menos vasallos del Presidente Roosevelt.

Entremos en materia.

Hará cosa de diez años, desembarcó Chin-Pan-Li en un muelle de New York.

Algún tiempo después, á fuerza de trabajo, logró amasar una modesta fortuna que le permitió convertir en dulce realidad el sueño do-

rado de su vida, esto es: comprar el tren de lavado donde estaba empleado, convirtiéndose de humilde dependiente que era, en opulento dueño y señor.

Su vida se deslizó, desde entonces, sobre el mar bonancible de la prosperidad, iluminada por el sol esplendoroso de la dicha.

El establecimiento de Chin-Pan-Li marchaba viento en popa. Las camisas, cuellos, puños y camisetas afluían á sus lavaderos con consoladora regularidad.

Cuando llegaba el sábado, Chin-Pan-Li acostado en su tarima, envuelto entre las nubes azulosas del enervante humo de su pipa, contemplaba acariciándose la trenza á sus activos dependientes que llevaban y traían innumerables paquetes de ropa lavada y por lavar; y oía con esa sonrisa que inspira y dibuja la conciencia de la posesión, el repetido sonar de la campanilla que anunciaba la entrada de alguna cantidad en la caja de caudales.

Todo marchó bien hasta ayer. A las dos de la tarde, según costumbre, San-Pi-Lo, el empleado de confianza de la casa, salió á la calle cargado de líos y paquetes de ropa, que debía entregar á varios parroquianos.

San-Pi-Lo, á pesar de su nombre, era un buen chico. Jamás había dado que sentir.

Pero, donde menos se piensa nos sale al paso la Tentación. Y esta vez la Tentación se presentó ante el casto celestial bajo la forma irresistible de una chinita adorable; una Venus color de naranja, que parecía un bibelot.

Se vieron y se amaron.

—*Chang-hung-ta-tun-la-o*, dijo para sus adentros San-Pi-Lo; lo cual, traducido al castellano, bien puede significar:

—Me voy contigo, y ¡al diablo las camisas!

Poco tiempo después, entre los témpanos que obstruyen el Hudson, un observador hubiera podido descubrir varios líos y paquetes que se destacaban como puntos obscuros sobre la brillante superficie de los *ice-bergs*.

En la cubierta de un *ferry-boat* que se dirigía á Jersey, San-Pi-lo, acurrucado junto á su conquista, explicaba á ésta el argumento de *Ki-ki-ri-ki*, asegurándole que no tardaría en cantar el gallo, y entonando, con una ligera modificación en la letra, los *couplets* que dicen:

«El japonés es el mortal
más feliz y más jovial.»

La modificación consistía en que, en lugar de decir «el japonés», San-Pi-Lo decía «el chino». De esta manera el verso resultaba *cojo;* pero San-Pi-Lo no tiene pretensiones de poeta y su

falta se le puede tolerar, sobre todo cuando consideramos que muchos vates que de tal se precian, no lo hacen mejor.

Entre tanto, el bueno de Chin-Pan-Li se impacientaba. A las seis de la tarde se presentaron en el establecimiento varios individuos reclamando sus camisas.

—No las tengo, respondió el chino. Las ha llevado San-Pi-Lo.

—Tú eres, sin embargo, responsable, gritaron los parroquianos.

—¡Bueno!, se limitó á responder Chin-Pan-Li.

—¡Mis cuellos postizos!, exclamó un individuo.

—¡Mis camisetas!, gritó otro.

—¡Mis camisas! ¡Mi chaleco blanco!, rugió un tercero.

—Devuélvenos lo nuestro ó te haremos encarcelar.

Creció el tumulto. La policía intervino. Llovieron planchas, tarimas y taburetes.

Llegó la ambulancia.

—Dos muertos y seis heridos, exclamó el médico.

—¡A la cárcel Ching-Pan-Li! ordenó el juez.

. . . .

. . . .

Y allá, del otro lado del río, en un modesto hotel de Hoboken, resonaba algo parecido al canto del gallo:

Ki-ki-ri-kí! Ki-ki-ri-kí!!

New York, Febrero de 1903.

ELECCIONES

SON LAS cuatro de la tarde del 8 de Noviembre. En estos momentos el pueblo americano elige el próximo Presidente de los Estados Unidos, y dentro de pocas horas sabremos cuál de los candidatos ha resultado vencedor.

Opino que vencerá Roosevelt; y me alegro, como de fijo se alegrarán todos mis compatriotas.

No creo, sin embargo, que los republicanos triunfen en el Estado de New York. Y me alegro también. Es, pues, casi seguro que Herrick será nuestro próximo Gobernador.

Y, como sucede siempre, bajo un régimen democrático, New York prosperará.

Según las noticias que de todas partes llegan, el número de votantes en estas elecciones será enorme.

Créese que excederá de catorce millones.

Hasta el momento en que escribo han ocurrido desórdenes, algunos de carácter grave; se han efectuado arrestos numerosos y los médicos de las casas de socorro han estado sumamente ocupados, haciendo enorme consumo de árnica y tafetán, vendando cabezas y sangrando *black eyes*.

La inmensa mayoría de los electores votó en las primeras horas de la mañana, y ahora los neoyorkinos se han retirado á sus casas, para cenar y echarse luego á la calle á contemplar los boletines lumínicos que van fijando en las fachadas de sus edificios los grandes periódicos, anunciando el resultado de los escrutinios.

Yo hago lo que los neoyorkinos: aguardo la hora de cenar. Y mientras llega, voy á permitirme referirles á ustedes un curiosísimo incidente que espero han de encontrar interesante y *up-to-date*.

El décimo noveno distrito electoral de New York, á pesar de estar situado en una sección muy poblada de la ciudad, sólo cuenta con un elector. Se llama este individuo James Thomas, y tiene sesenta y cinco años de edad.

Thomas es el portero de un depósito de maderas, situado en la esquina de la calle 36 y la Primera Avenida.

En 1902 el décimo noveno distrito electoral

comprendía la manzana de casas situada entre las calles 35 y 36 y la Segunda Avenida y el Río del Este; pero durante ese año todas las casas fueron derribadas para hacer un parque, y hoy sólo existen en el antes poblado distrito el taller de maderas y el parque de San Gabriel. Y como Thomas es el único habitante de la localidad, es también el único elector.

Ha sido necesario, por tanto, establecer allí un colegio electoral, «especialmente para él» que ha costado á la ciudad $250. En el colegio tuvieron que personarse un presidente de mesa, un secretario, un escribiente, un notario, cuatro inspectores de elecciones y dos agentes de policía.

Y lo más particular del caso es que, después de todo, Thomas, á última hora, ha declarado que no le da su real gana de votar por nadie.

New York, Noviembre de 1904.

A. D.

UNA ENTREVISTA CON LA DIVINA SARAH

Madame Sarah Bernhardt es, sin duda, una gran artista. Tal vez sea la más notable de los tiempos presentes; acaso la más notable que ha existido.

Ha sido reina, heroína, cortesana, santa y demonio (Cleopatra, Juana de Arco, Margarita, María Magdalena y... Sarah Bernhardt). Ha representado toda clase de papeles y encarnado toda clase de personajes; ha sido romántica y trágica, tierna y terrible.

Y siempre, en todas las obras, en todos los escenarios, ante todos los públicos, ha demostrado ser una consumada artista y una admirable actriz.

El timbre de su voz enamora, su sonrisa en-

canta, sus gestos enloquecen. Es irresistiblemente sugestiva y puede, á voluntad, hacernos amar, aborrecer, reir ó llorar.

Lo que ella siente ó afecta sentir, lo sentimos todos.

No es joven ni vieja, ni hermosa ni fea; no tiene edad ni facciones: es más que una obra de arte, es el arte mismo: el arte encarnado en una mujer, en una mujer que fascina, que arrebata, que nos roba el corazón, el alma, la voluntad...

Pero..., *oh mon Dieu! pleurez, pleurez, mes yeux!* esa diosa, ese ser adorable, esa supermujer, TIENE UN SECRETARIO PARTICULAR!... un individuo largo, negro, melenudo, cadavérico, mefistofélico, que responde al nombre teutónico-hebreo de Mayer, y que habla el francés con pronunciación marcadamente inglesa y el inglés con acento francés.

Entre la Divina Sarah y el resto del mundo se levanta, inexorable y terrible, ese tétrico y enlevitado personaje, especie de monolito con patillas, monumento de vanidad é ignorancia, horrible cancerbero, tipo *Svengali*, personificación de la importancia y encarnación de la estupidez más supina.

***

—¿Tendría Monsieur Mayer la bondad de preguntar á Madame Sarah Bernhardt si se digna recibir la visita del señor Rafael Conte, periodista?

A estas palabras, que pronuncié tan pronto hube correspondido á los saludos y reverencias del Secretario particular, contestó Monsieur Mayer en los siguientes términos:

—Cómo! recibirlo á usted? pues ya lo creo! No tengo necesidad de preguntarlo. *Madame* no desea otra cosa, y no hay nada en el mundo que pueda serle más grato; pero ¿sería usted tan amable que me dijera el objeto de su visita?

Después, con una elocuencia aterradora, Monsieur Mayer me explicó cómo estando él tan perfectamente identificado con *Madame* que sabía su manera de pensar y sentir en todos los actos de la vida, podía, sin duda alguna, contestar á cuantas preguntas pensaba yo dirigir á la divina Sarah, sin necesidad de que me molestara esperando á que ella estuviese en disposición de recibirme.

Iba á contestar á esto, cuando el secretario, dándose una palmada en la frente, como quien ha encontrado una idea ó sentido la picada de un mosquito, exclamó:

—*Voilá!* me parece que sería todavía mejor

que usted escribiera el artículo, relatando su entrevista con *Madame* como si en realidad la hubiese celebrado. ¿Qué le parece el plan? Soberbio!, ¿verdad? Luego que haya redactado la *interview*, me puede traer las cuartillas para que yo quite ó ponga lo que sobre ó falte. ¿Qué tal?

Y sonrió con cara de asno satisfecho.

Yo le expliqué con toda la paciencia que el caso requería, que, en primer lugar, la voz de Monsieur Henri Mayer y la voz de Madame Sarah Bernhardt no erane xactamente iguales y que, por lo tanto, la conversación de él no podía serme tan grata como la de ella; que en segundo lugar, tal vez él, (Monsieur Mayer) había olvidado ciertas cosas que *Madame* de fijo recordaba, y por último, que yo deseaba tener una entrevista con la divina Sarah y no con su secretario particular.

—*Tres bien!* ¿Se servirá entonces *monsieur le journaliste* venir al hotel mañana á las once de la misma?

No necesito decir que fuí puntual.

El ciudadano Mayer—*toujours* vestido de negro—me recibió diciéndome que *Madame* no se levantaría hasta las dos de la tarde, y que debido á muchos compromisos sociales, que había contraído y los cuales ignoraba él la víspera,

no podría recibirme hasta la noche siguiente, después del teatro.

No quiero cansar al lector.

Durante tres días luché en vano contra la burda, pero invencible estrategia de aquel espantapájaros ensoberbecido, que quería á todo trance convencerme de que «sería lo mismo» que yo celebrase la entrevista con él.

Por fin, gracias á la oportuna intervención de Mr. Schubert, empresario de Madame Bernhardt, conseguí que la famosa artista me concediera una *interview*.

Esta debía celebrarse la noche siguiente, á la terminación de la *Dama de las Camelias*.

Al empezar la escena final de la obra, abandoné mi butaca, y fuí á colocarme entre bastidores. Desde mi rincón, recostado en un lienzo de escena campestre, vi morir á Madame Bernhardt.

Cayó el telón y la divina Sarah resucitó con facilidad pasmosa; se puso en pie de un salto y vino hacia mí, sin que ni en su rostro ni en sus movimientos se advirtiera signo alguno de fatiga ó decaimiento.

Recordé entonces las historias que ha hecho circular Monsieur Mayer acerca de los terribles síncopes que sufre Sarah Bernhardt después de una escena trágica y violenta, y comprendí que

el secretario particular, además de otras muchas cosas, es un solemne embustero. Sarah estrechó mi mano con gesto de marimacho y me indicó que la siguiera á su *camerino.* Pero no habíamos dado tres pasos cuando el eterno Mayer se colocó delante de *madame;* y haciendo una profunda reverencia le recordó que «el hombre del fonógrafo» la esperaba. Ella hizo un gesto de asentimiento y se dirigió en línea recta al fonógrafo; sepultó su rubia cabeza en la gran *campana* del aparato, y con voz vibrante dijo:

«*L'Art et l' amour sont les ailes que me porteront vers Dieu.*»

Estas palabras (once cabales) las pronunció con ese acento propio del que cobra un tanto por ciento por cada *record* fonográfico que se vende, y sin la menor emoción.

Se dirigió entonces á su *camerino*, invitándome á seguirla. Monsieur Mayer cerraba la marcha casi pisándome los talones. Entramos, y la Divina Sarah, con un movimiento de brazos, me indicó una silla. Hice una inclinación y abandoné la perpendicular.

El *camerino* de la famosa trágica presentaba el aspecto ordinario de todos los *camerinos* de teatro; con las paredes tapizadas de un papel color salmón recién pescado y el piso cubierto con una alfombra *tutti-frutti*

El conjunto, sin embargo, no dejaba de ofrecer cierto aspecto artístico. La presencia de la gran sacerdotisa del Arte se advertía aun en aquel cuartucho mal construído y peor alhajado.

El gran espejo colocado sobre el tocador había sido adornado con guirnaldas verdes y sobre la horrible mesa de centro, adquirida sin duda en *Fourteenth street*, la mano de la divina Sarah había colocado un primoroso *bouquet*.

El mobiliario de la habitación era el siguiente: la mesa y el tocador á que ya hice referencia, un taburete *turco*, fabricado en Connecticut, una consola atestada de artículos de *toilette*, dos sillas, una ocupada por *Madame* y otra por mí, una poltrona de cuero, dos pequeñas banderas de seda (francesa y americana), un ramo de camelias y un cucurucho de *bon bons*.

En el inventario se deben incluir además los siguientes objetos: varios baúles, muchos trajes y sombreros, cuatro pares de botas y zapatillas de mujer, las dos camareras de *Madame*, su peluquero Henri, su perro favorito, *Loup*, y Monsieur Mayer.

* * *

Inicié la *interview* felicitando á Sarah Bernhardt por su admirable interpretación de

Margarita Gautier. Ella me interrumpió vivamente:

—Dígame, exclamó; ¿estaba bella? ¿lucía joven y hermosa?

Con mucha diplomacia respondí que nunca me había parecido tan joven y bella.

—Me alegro! respondió con ingenuidad encantadora; porque *Margarita Gautier* tiene necesariamente que serlo. De lo contrario no sería *Margarita Gautier.* No puede una tomarse libertades con heroínas de carne y hueso como la *Dama de las Camelias.* Cuando se trata de personajes imaginarios, ó de tipos como los de *Cleopatra* ó la *Reina de Sheba*, que nadie sabe cómo eran, entonces menos mal; pero la verdadera *Margarita Gautier*—es decir Marie Duplesis—murió hace sólo cincuenta años, y sólo tenía veintitrés cuando dejó de existir.

Pregunté entonces á Sarah si ella copiaba exactamente, tanto en lo físico como en lo moral á *Margarita*, cuando ponía en escena *La Dama de las Camelias.*

—*Mais certainement!*, replicó: Dumas hizo de ella un fiel retrato. Recuerde usted que al principio de su libro escribió: «No he llegado todavía á la edad en que se ve uno obligado á inventar sus novelas, y por lo tanto tengo que contentarme con narrar los hechos tal como

ocurrieron en realidad. Esta es una historia cierta, y todos los personajes que en el curso de la obra aparecen, con excepción de la protagonista, viven aún.»

Madame Bernhardt inclinó la cabeza y añadió:

—Dumas debió haber agregado las siguientes palabras... «y de cuya historia el héroe soy yo».

Recordé entonces que en más de una ocasión había oído decir que el verdadero *Armando Duval* no había sido otro que el mismo Alejandro Dumas (hijo), y pregunté á Madame Bernhardt si el gran novelista y autor dramático le había confesado alguna vez su participación en las aventuras verdaderas de la infortunada *Margarita Gautier.*

Por toda contestación, la *Divina Sarah* tomó de la mesa un hermoso ejemplar del libro de Dumas, lujosamente encuadernado, y abriéndole por la página 212 me mostró dos cartas manuscritas.

—Mire usted, me dijo, esta es la carta original de *Armando Duval* á *Margarita Gautier,* rompiendo sus relaciones.

Hé aquí la carta:

«*Mi querida Marie: No soy ni suficientemente rico para amarte como quisiera, ni suficiente-*

mente pobre para ser amado como quieres tú. Olvidemos, pues: tú un nombre que de hoy más debe serte indiferente y yo una felicidad que es ya imposible.

«No tengo necesidad de decirte cuán apesadumbrado estoy, pues sabes cuánto te amo.

«Adiós, pues. Tu corazón es demasiado grande para no comprender lo que me impulsa á escribirte en estos términos, y posees muy buen juicio para no perdonarme.

«Mil recuerdos.

«A. D.

«Agosto 30, á media noche.»

—

La otra carta, dirigida á Madame Sarah Bernhardt, estaba concebida en estos términos:

«Ma chère Sarah:—Permíteme que te ofrezca un ejemplar de La Dama de las Camelias, *de una edición agotada hace ya tiempo, y por lo tanto, muy difícil de adquirir. Lo que da más valor á este volumen, sin embargo, es la carta autógrafa que encontrarás en la página 212, el texto de la cual es casi idéntico al de la carta impresa en dicha página.*

«La epístola autógrafa fué escrita por el verdadero Armando Duval hace cerca de cuarenta

años... lo cual no le rejuvenece. En esa época tenía la misma edad que tu hijo tiene hoy.

«Esa carta es el único recuerdo palpable que existe de toda aquella trágica historia, y creo que nadie tiene más derecho que tú á poseerlo, puesto que has sido tú la que has vuelto á la vida y á la juventud todo aquel dulce y triste pasado.

«Guárdala como un recuerdo de la deliciosa soirée del sábado y como una humilde prueba de mi gran admiración y de mi no menor gratitud.

«Te aplaudo con toda mi alma y te beso con todo mi corazón.

«A. DUMAS, FILS.

«Enero 28, 1884.»

* * *

Diez minutos más de conversación, y me retiré.

Monsieur Mayer salió detrás de mí, conduciendo al perro, al que llevaba á la calle con objeto de que contraviniera una orden de la Junta de Sanidad.

New York, Diciembre de 1905.

LA CULTURA AMERICANA

No creo que exista nada tan engañoso como las estadísticas, cuando se trata de averiguar el grado de cultura de un pueblo.

En los Estados Unidos, por ejemplo, son muy contadas las personas que no saben leer. Examinamos una estadística americana; notamos el reducido número de *illiterate persons* que aquí existen, y no podemos menos de exclamar: «¡oh, los Estados Unidos! ¡qué culto, qué admirable país!»

Y cuando tal pensamos, nos equivocamos de medio á medio.

Aquí, es cierto, la educación está al alcance de todos; las escuelas públicas abundan, y según antes decía, es muy raro encontrar una persona, sin distinción de sexo, edad ni color, que no sepa leer; pero, á pesar de todo, la cultura en los Estados Unidos dista mucho de estar tan extendida como se supone.

El hecho de que un individuo sepa leer, no implica que ese individuo sea una persona culta.

Y precisamente eso es lo que ocurre en este país: todo el mundo sabe leer; pero las personas cultas no abundan.

Si á buscar fuéramos todas las causas de la falta de cultura de este pueblo, tendríamos, antes que nada, que hacer un estudio profundo del carácter americano, y otro, no menos minucioso, de la condición social del país.

Y al ocuparnos de una cosa ó de otra, nos apartaríamos completamente de la índole de este trabajo.

El Gobierno Interventor, guiado por un loable deseo de perfeccionar el sistema de enseñanza primaria en Cuba, envió á este país un grupo numeroso de maestras y maestros cubanos, los cuales permanecieron algún tiempo en la Universidad de Harvard, y regresaron después á esa Isla *en buenas condiciones para enseñar.* Implantóse en la nueva República el sistema escolar americano, y hoy contamos con un organismo bastante completo y superior al de muchos países cuyos nombres figuran en primera fila en el libro-registro de los pueblos civilizados.

Sin embargo, el autor de este artículo no cree que el viaje á Harvard de los maestros cubanos

haya sido todo lo fructífero que hubiera sido de desear; ni puede creer tampoco en la eficacia del sistema de educación en Cuba implantado, toda vez que es idéntico al existente en los Estados Unidos, con todas sus ventajas, que se ha tenido buen cuidado de calcar; pero también con todos sus defectos (y son muchos) que nadie se ha tomado el trabajo de corregir.

Si los maestros que aquí estuvieron hubieran permanecido más tiempo en el país, y si se hubieran tomado la molestia de juzgar de la bondad del sistema de enseñanza qne aquí se sigue por los resultados prácticos que da; si hubieran estudiado á conciencia las ventajas y desventajas que ofrece, estamos seguros de que, al implantarse en nuestra patria el régimen escolar americano, hubiéramos podido hacerlo introduciendo en él ciertas mejoras, que harían de Cuba, en cuestiones pedagógicas, uno de los países más adelantados del mundo.

Hace poco más de un año, el gobierno francés envió á los Estados Unidos una comisión, con objeto de estudiar el plan de enseñanza primaria americano, para introducir en las escuelas francesas todas aquellas ventajas que, á juicio de los comisionados, ofreciera el sistema *yankee*.

Nótese, sin embargo, que los franceses se limitaron á tomar lo bueno que aquí hallaron, te-

niendo cuidado, al mismo tiempo, de desechar ó perfeccionar lo que encontraron malo ó defectuoso.

En Cuba no se hizo así, sino que, por el contrario, se implantó el régimen escolar americano, sin cambios ni modificaciones de ninguna clase, con sus muchas é innegables ventajas, pero también con todos sus muchísimos defectos.

Porque de muchos y muy graves adolece la Escuela Americana.

El alumno (sin excepciones), al abandonar, después de *ocho años* (!), la *Grammar School*, NO SABE ABSOLUTAMENTE NADA. Y no vaya á creerse que esto es una exageración. Nosotros, que hemos residido en este país durante muchos años, dedicados preferentemente al estudio, hemos llegado á esa conclusión en extremo dolorosa.

Durante los ocho años que se prolonga el curso de enseñanza primaria, ó *Grammar School*, á los alumnos se les enseña (?) Gramática, Aritmética, Geografía, Historia, Latín, Griego y Francés, ó Alemán (!).

Cuando abandonan la escuela primaria para dirigirse á la *High School*, saben bien las cuatro reglas de enteros; conocen (muy superficialmente) los quebrados y desconocen por completo los decimales.

No pueden escribir una carta sin preguntar la manera de *deletrear* (!) las palabras más simples. La etimología es letra muerta en este país, aun para las personas más cultas. Si dirigís á esos alumnos algunas preguntas sobre Geografía é Historia, les costará trabajo responder. Y en materia de idiomas... ¡bueno! hablan bastante mal el suyo propio.

No hay uno de ellos, sin embargo, que no haya leído ó esté leyendo á Shakespeare y á Longfellow...

Entre las jóvenes, sobre todo, es esto más común. Los muchachos, generalmente, tan pronto abandonan la escuela se dedican á un oficio cualquiera, y ya no vuelven á leer en su vida otra cosa que el *Journal* ó el *World.*

Fácilmente se comprende que una señorita que tiene que preguntar el modo de deletrear las palabras cuando escribe una carta familiar, no debe ni puede leer los clásicos. Pero aquí todo se hace *porque sí;* y si los resultados son negativos, pues *¡no importa!* y si resulta bien la cosa, pues *¡mejor!*

La causa (la principal; hay muchas accesorias) de esa poca cultura de los estudiantes americanos debe buscarse en las maestras.

Casi todas las jovencitas que tienen algunas pretensiones, al salir de la *Grammar School* se

dedican al magisterio. Para obtener un diploma tienen que aprobar antes un curso en la *High School.*

Lo que estudian durante ese curso no es, ni con mucho, lo que tiene que estudiar un alumno cubano del tercer año de Bachillerato, y lo que saben, al terminar, lo sabe cualquier estudiante de Cuba, del segundo año, que haya estudiado á conciencia las asignaturas de nuestro plan de enseñanza superior.

Carecen de cultura y, por consiguiente, no pueden dar aquello de que carecen. Para enseñar es necesario, antes que nada, aprender: después, aprender á enseñar.

Las maestras americanas conocen el arte de enseñar, saben pedagogía.

Pero no pueden enseñar á sus discípulos porque... simplemente, porque ellas tienen mucho que aprender.

New York, Octubre de 1903.

EL CONVULSIVO

El otro día me decía un dominicano prominente que me distingue con su amistad:

—«Créame usted, amigo mío: estoy avergonzado de mis paisanos; porque no debo ni puedo decir que lo estoy de mi país. Desde la trágica muerte de *Lilí*, aquello no ha sido una nación. La conducta de mis compatriotas es bochornosa; y bien merecido nos tenemos el desprecio del mundo civilizado. Las pasiones de los dominicanos no reconocen freno. Todos los días se matan multitud de hombres útiles y buenos, para que sea presidente Juan ó Pedro.

«Y lo más triste de todo es la ignorancia de nuestro pueblo, que lucha y se hace pedazos sin saber por qué, y en muchos casos ni siquiera *por quién* combate.

«Para que usted comprenda hasta qué punto son criminales esos ambiciosos que, sin otro ob-

jeto que su elevación personal, lanzan constantemente á nuestro pueblo por la senda de la rebelión, citaré á usted el siguiente caso, del cual fuí testigo, cuando el pronunciamiento del actual presidente, general Wos y Gil:

« Un oficial insurrecto reclutaba en La Vega tropas para la revolución, entre los campesinos del lugar. Cerca de cincuenta se alistaron bajo su bandera. Pocas horas después, tropezaron los rebeldes con las tropas del gobierno; y entonces, en aquel momento en que probablemente muchos de los reclutas iban á morir, uno de ellos, más listo que sus compañeros, acercóse al oficial y le preguntó:

« —Y dígame, comandante: ¿por quién es el quién vive?

« Aquellos desgraciados ignoraban hasta el nombre del individuo (!!) por quien iban á luchar, tal vez á sucumbir.»

Mi amigo, al hablar así, se expresaba con toda la amargura de un verdadero patriota que deplora las desgracias de su país.

—¿Cuál será el resultado de la revolución actual?—hube de preguntarle.

—Espero que vencerá el gobierno.

—La situación es, sin embargo, crítica.

—Oh! no lo crea... Usted no conoce á Wos y Gil!

—¿Qué opina usted del viaje del Ministro de Relaciones Exteriores, Galván, á los Estados Unidos?

—Creo que ofrecerá al gobierno americano, á cambio de su apoyo, la bahía de Samaná.

—¿Y si no aceptan los americanos, por ser ese un acto que se apartaría de todo principio internacional?

—El señor Galván, entonces, tendrá el derecho de fundar su oferta en el precedente establecido en Panamá por los mismos yankees.

—Y si rehusaran, á pesar de todo?

—Entonces sería desesperada la situación del presidente Wos y Gil.

—¿Cree usted que tendría que abandonar la Presidencia?

—Probablemente. Y Santo Domingo habría perdido un buen gobernante, y caería otra vez en poder de esa camarilla de desalmados y ambiciosos, dispuestos á sacrificarlo todo, aun la felicidad de la patria, á su medro personal.

—¡Pobre Santo Domingo!—exclamé.

—Sí, ¡pobre Santo Domingo!—gritó furioso mi amigo. Pero que no se figure Don Juan Jiménez que gozará mucho tiempo de su triunfo. Aunque Wos y Gil tenga que abandonar el gobierno, no tardará en volver á ocupar la silla presidencial.

—Y ¿cuándo logrará eso?—me atreví á preguntarle.

—Antes de un año: tan pronto...

Le interrumpí:

—¿Tan pronto se celebren las elecciones?

—No: tan pronto *tengamos* armas y municiones para una nueva revolución (!!!)

New York, Noviembre de 1904.

EL TREN MODERNO

UNA COMPAÑÍA ferrocarrilera cuyos trenes hacen el servicio entre New York y St. Louis, «*por la vía más corta, más económica y más rápida*», acaba de obsequiarme con uno de esos preciosos folletos ilustrados, tan en boga entre los anunciantes americanos, y que sirven, al mismo tiempo, el doble propósito de anunciar la empresa y de dar al viajero una lección más ó menos necesaria de geografía.

En el folleto de que me ocupo, se admiran al primer golpe de vista varios grabados primorosos, que representan: *el interior de un coche dormitorio durante el día; la biblioteca del tren; el salón de comer; la barbería;* y *la sala de recibo de un Pullman*.

Contemplando esos dibujos le entran á cualquiera ganas de viajar.

En la *biblioteca*, un grupo de personas ele-

gantes goza con la lectura de los periódicos del día, mientras que un camarero les sirve *high-balls* y champagne.

En la *barbería*, varios pasajeros experimentan las delicias del *shampoo* y el *massage*, sin que corran peligro (¡por supuesto!) de que al barbero se le resbale la mano, debido al movimiento del tren.

En el *coche dormitorio*, todo el mundo duerme á pierna suelta, sin sufrir (¡pues no faltaba más!) las molestias del calor, las chinches y el ruído.

En la *sala de recibo*, se admiran mujeres muy bellas y elegantes y caballeros vestidos á la *derniére*.

Y, por último, en el *comedor*, se ven caras satisfechas, propias de Sherry ó Delmónico.

Les digo á ustedes que cualquiera se deja seducir, como me sucedió á mí, hace poco más de un año, cuando era corresponsal de este diario en New York.

La culpa la tuvo un pícaro folleto por el estilo del que me sirve de tema para la crónica de hoy.

Quiero ante todo hacer constar, que yo, aunque me paso la mayor parte del tiempo viajando, jamás lo hago por placer, sino por necesidad imperiosa de mi profesión. Mi viaje de

New York á St. Louis, sin embargo, fué única y exclusivamente de recreo; y de lo que entonces sufrí no puedo culpar á nadie, lo cual siento infinito, por aquello de que siempre es dulce tener á quien echarle la culpa de cuanto malo nos sucede.

Tan pronto hube pagado el precio del pasaje en la taquilla de la estación, el empleado puso en mis manos una tira de papel verde de dos varas de largo, que me fué arrebatada, al llegar al andén, por un portero. Este cancerbero uniformado, perforó la tira de papel en distintos sitios y me la devolvió. Al llegar al tren, otro empleado repitió la operación; y en seguida, precedido de un negro sirviente, vestido de blanco y con gorra semi-militar, hice mi entrada en el *Pullman car*, coche lujoso, verdadera obra de arte (una obra de arte en la que no hay sitio para poner la maleta).

El tren se puso en marcha, y á los pocos minutos tenía yo los ojos llenos de carbón. Me vi obligado á cerrar el ventanillo, y entonces por poco me muero de calor. De vez en cuando el negro pasaba junto á mí, armado de un enorme cepillo que me pasaba por los zapatos y la cara, y continuaba su camino, repitiendo á derecha é izquierda la misma operación con todos los viajeros.

A las ocho de la noche, á pesar de no tener sueño, el negro preparó mi litera y me ordenó que me acostara. Para lograr esto fué preciso que trajera una escalera, y gracias á ella y á una curva espantosa que ladeó completamente el tren, conseguí rodar sobre los colchones.

El techo estaba situado á media vara sobre el nivel de mis narices, y no me podía quitar la ropa. Por fin, después de grandes esfuerzos y acrobatismos maravillosos, logré despojarme victoriosamente del sombrero.

La noche fué deliciosa. Por el ventanillo, abierto, penetraban nubes de humo, carbón y polvo.

A las ocho de la mañana siguiente volvió el negro, y me ordenó que me levantara.

Con ayuda de la escalera y de una cabeza que asomó en la litera inferior, logré descender de mis alturas, y me dirigí al lavatorio, donde ya me tenían preparado el baño, consistente en un litro de agua, una tohalla y una pastilla de jabón.

Después, sintiendo apetito, llamé al negro y le pedí de almorzar.

—¿Qué desea? me preguntó, mientras doblaba una sábana con manos y dientes.

—Huevos pasados, respondí.

—No los hay.

—Pues bien, dígame entonces lo que tienen aquí para comer.

—Oh! tenemos sardinas en lata, pollo en lata, pescado en lata, carne en lata, espárragos en lata...

—Llame usted al cocinero, le dije.

—Yo soy el cocinero, respondió.

—Y ¿con qué guisa usted?

—Con el abridor de latas!...

Por fin!! llegamos á St. Louis.

Desde entonces tengo profundo terror á los viajes en tren.

Si tú, lector amable, sientes alguna vez deseos de viajar «con todas las comodidades modernas», puedes hacerlo sin salir de tu casa. Verás cómo:

No comes ni te bañas durante veinticuatro horas; te introduces tres ó cuatro pedazos de carbón en un ojo; tiras veinte duros por la ventana; ensucias un traje nuevo, y luego te acuestas en una tabla del escaparate.

Y habrás experimentado *todas* las delicias de un viaje en ferrocarril.

St. Louis, Agosto de 1904.

EL VALOR DE UN BESO

Dijo el poeta:

¿«Qué por qué te quiero menos
«des que me diste aquel beso?
«Pues . . . *por eso!!*»

Lo cual, traducido libremente á vil prosa, significa que, en opinión de ese vate, el beso debe considerarse como el principio del fin del amor.

Byron, sin embargo, pensaba de muy distinto modo.

«Cuando existe verdadera pasión, decía, el beso es un nuevo y poderoso eslabón, que hace más firme y resistente la cadena que une á dos seres que se aman.»

Shakespeare pone en boca de *Iago* lo siguiente:

«Todo en el mundo es burla y artificio:
«la lágrima y el beso,
«la piedad, el amor y el sacrificio.»

Víctor Hugo ha llamado al beso «la más dulce gota de néctar contenido en el cáliz del amor».

Difieren, pues, las opiniones de los poetas en un asunto de tanta importancia.

Yo creo que debemos aceptar como bueno el parecer de Byron, que era perito en la materia, por haber besado durante su vida más mujeres hermosas que ningún otro vate de los que han existido hasta la fecha.

Los americanos son de ese modo de pensar. Según ellos... y *ellas*, el beso, lejos de contribuir al término de una pasión, es un incentivo del amor. Y tal vez por eso se besa tanto en este país.

Ahora bien: es sabido que los yankees poseen gran espíritu investigador. Opinando todos que el beso era «una cosa buena», quisieron poner en claro qué clase de ósculos eran *los mejores*. Y el asunto fué sometido á sufragio.

Las columnas de los diarios de la tarde se vieron llenas de *opiniones* durante dos meses. Unos se declararon partidarios del beso *corto y sonado*, otros del *prolongado y silencioso;* éstos declararon que una mejilla sonrosada era el lugar más á propósito para depositar el beso; aquéllos proclamaron las delicias de unos labios húmedos y temblorosos...

Debo decir, en honor de los americanos, que

la inmensa mayoría participaba de esta última opinión. Pero la minoría no se daba por vencida, y fué preciso que alguien tuviera una idea luminosa, para que se adoptase una resolución final.

Esa idea consistió en proponer á los dos bandos contendientes un arbitraje. Aceptado por todos, se nombró juez á Byron.

«Busquemos, dijo el autor del proyecto, entre las obras del malogrado poeta inglés, una opinión sobre el particular. Y prometamos someternos á ella sin replicar.»

¡Qué homenaje tan merecido á la memoria del inmortal cantor de *Childe Harold!*

Hé aquí lo que el poeta había escrito:

«Nada tan grande, tan verdaderamente grande como un beso de amor! Ceñid con la diestra la cintura de la mujer querida, dejando que vuestro brazo se apoye sobre sus caderas. Su cabeza perfumada descansará sobre vuestro hombro, y su boca, de labios incitantes, murmurará una dulce provocación. Aspirad el aroma que se desprende de aquella carne joven, que palpita con estremecimientos de anticipado placer. Aproximad lentamente vuestros labios, encendidos por el deseo, á los suyos, calentados por el vaho de la pasión. Unidlos en un beso largo, prolongado, interminable y silencioso. Dad con ese beso vuestra vida y recibid la suya:

confundid las dos existencias, y gozaréis del más grande é inefable de los placeres.»

Cuando se publicó en los periódicos la opinión de Lord Byron, la discusión cesó, conviniendo todo el mundo en que el beso *prolongado y silencioso* era el mejor.

Pero no pararon ahí las cosas. El espíritu investigador de los yankees los arrastró hasta establecer (¡horror de los horrores!) el valor legal de un beso en buena moneda de los Estados Unidos.

Debo decir, antes de pasar adelante, que aquí los jueces y tribunales dan sus fallos sin ajustarse estrictamente á la letra ó el espíritu del Código (que tal *cosa* no existe después de todo) sino fundándose en el precedente que con una sentencia anterior haya establecido otro juez ó tribunal. Así, por ejemplo, de acuerdo con el fallo pronunciado por el magistrado Gordon, de Jersey, hace tres años, condenando á una compañía de tranvías á pagar tres pesos cincuenta centavos de indemnización á los padres de un niño de cinco años, que fué muerto por un carro, la vida de un muchacho de esa edad no vale más ante la Ley.

Pero volvamos á los besos.

Julia Atkins, que lleva sus treinta y dos años con tanta gracia y soltura como su *petticoat* de

seda roja, acabado de salir de casa de Saks, se presenta ante el juez Black, de Albany, é interpone querella contra su ex-prometido, John Davis, por «haberla engañado durante ocho años con falsas promesas matrimoniales, para abandonarla después y hacer la corte á otra joven de la misma ciudad. La demandante expone que durante esos ocho años, Davis la ha besado dos mil quinientas sesenta y ocho veces; que recuerda exactamente el número de besos recibidos, porque desde el primer día ha ido anotando, diariamente, en una libreta, los ósculos que Davis le daba.» Y que, «en vista de todo lo expuesto, la citada señorita Julia Atkins, por medio de Harold Mitchel, su abogado, que suscribe, pide á la corte condene al precitado John Davis, á pagar á la demandante la suma de treinta mil *dollars, in gold coin of the United States of America*», etc., etc., etc.

Cuando se publicó esta demanda en los periódicos, la espectación fué general. Iba, por fin, á saberse el valor de un beso, según la Ley.

El juez Black estudia detenidamente el caso; toma declaración á Miss Atkins, á Davis y á varios testigos, y sentencia condenando al novio calavera á pagar siete mil pesos de indemnización.

El abogado Mitchel no se da por satisfecho; y hace presente á la Corte, que en 1858 un juez

de Albany había condenado á un individuo á pagar á una señorita, á la que había besado trescientas veces, la cantidad de tres mil quinientos cuatro pesos, lo que quería decir, clara y terminantemente, que, en opinión de ese juez, el valor de un beso era de once pesos sesenta y ocho centavos, y que al pedir él (Mitchel) la cantidad de treinta mil *dollars* por los dos mil quinientos sesenta y ocho besos recibidos por Miss Atkins, no hacía más que reclamar, por cada ósculo, la misma suma de once pesos sesenta y ocho centavos en que se habían avalorado los famosos trescientos besos de mil ochocientos cincuenta y ocho. El golpe era directo; y por un instante el juez Black no supo qué responder. Se repuso sin embargo y preguntó:

—¿Qué edad tenía la joven que recibió once pesos sesenta y ocho centavos por cada beso?

—Diez y nueve años, repuso el abogado Mitchel.

—Bien, dijo el juez. Las cosas son distintas y no veo motivo para variar mi decisión. Si un beso de diez y nueve años fué tasado en once pesos sesenta y ocho centavos, un beso de treinta y dos años no debe costar más de dos pesos y siete centavos. Sería gollería pedir más. Ratifico mi fallo.»

New York, Noviembre de 1903.

EL PARLAMENTO DE LA PRENSA DEL MUNDO

ESTA mañana, á las nueve, en medio de indescriptible entusiasmo, se celebró la inauguración del *Gran Parlamento de la Prensa del Mundo*, acto de trascendentalísima importancia, y que será, de fijo, una de las notas más simpáticas y de interés más palpitante de la Exposición de St. Louis.

La sesión de hoy quedó limitada á la Asamblea General de Directores de Periódicos Americanos, siendo el número de los que con tal carácter concurrieron, cerca de *cuatro mil* (!).

El próximo jueves tendrá lugar en *Congress Hall* la *Convención de Periodistas del Mundo*, y según los cálculos menos exagerados, pasarán de doce mil los *chicos y grandes* de la Prensa que asistiremos.

Para que puedan mis lectores formarse una

idea aproximada del número de periodistas venidos á St. Louis con objeto de asistir al Parlamento, les diré que yo, que he llegado en representación de *La Lucha* con cinco días de antelación, tengo el número 9,642.

La sesión de hoy fué declarada abierta á las nueve en punto por el Presidente de la Convención de Periodistas Americanos, Capitán Henry King, director propietario del *St. Louis Globe Democrat*.

Al agitar el veterano periodista la campanilla, la inmensa concurrencia se puso de pie, mientras el reverendo C. H. Patton, con solemne acento, invocaba «para la Prensa del Mundo» el favor de Dios.

Frente al *Congress Hall*, las bandas de música dejaban oir los himnos nacionales de todos los países, y una inmensa muchedumbre aclamaba delirante, agitando banderas y estandartes blancos con inscripciones como éstas: *«¡Vivan los Periodistas! St. Louis les pertenece»; «¡Gloria á la Prensa!»; «La Prensa es el Evangelio de los Pueblos»; «¡Honor y gloria á Guttenberg!»*

Después que el reverendo Patton hubo terminado su invocación, hizo uso de la palabra Mr. Francis, Presidente de la Exposición, para declarar que los ciudadanos de St. Louis, al

gastar diez millones de pesos en su gran certamen, no lo habían hecho, como aseguraban algunos mal intencionados, con el propósito de lucrar, sino única y exclusivamente con objeto de demostrar á la faz del mundo su agradecimiento á la gran nación americana, que al conceder á su territorio el honroso título de *Estado*, había contribuído tan poderosamente á su engrandecimiento y prosperidad.

Después de Mr. Francis, subió á la tribuna el Honorable F. V. Collins, de Minneapolis, pronunciando un hermosísimo discurso, cuyo tema fué el siguiente: *El Periodista Moderno. La Escuela de Periodistas.*

Se ocupó con extensión el orador de la *Academia de Periodistas*, fundada en la Universidad de Columbia, New York, por Mr. Pulitzer, director del *World*, de aquella ciudad.

« Ha pasado el tiempo, dijo, en que resultaba de buen tono reirse de la idea de fundar una *Escuela de periodismo.* Hoy existe por fortuna; y los hechos demuestran diariamente lo necesaria que es. Para ser periodista á la moderna se va haciendo indispensable *estudiar para periodista*, lo mismo que se estudia para médico, abogado, ó ingeniero.

« Ya no basta *nacer periodista* ó *hacerse periodista;* se necesita *aprender á serlo.* Y la mejor

manera de lograrlo, es asistir á esa admirable escuela que debemos á la munificencia de un periodista neoyorkino.

« Pasó la época de las *especialidades periodísticas.*

« En una publicación moderna sólo pueden tener cabida los periodistas que sepan ser, á la vez, literatos, políticos, traductores, corresponsales, redactores, repórters, cronistas, todo en fin. ¿Qué se diría de un abogado que sólo supiera defender casos determinados, ó de un farmacéutico que no fuera capaz de despachar más que ciertas recetas? Pues bien: un periodista es igual. Debe ser completo en su profesión. De lo contrario, aunque él se crea periodista, no lo es ni llegará jamás á serlo.»

St. Louis, Mayo, de 1904.

AVENTURAS DE UN REPORTER

NEVABA copiosamente cuando salí de la redacción.

Dudo que ni aun mi propio hermano hubiera podido reconocerme, bajo los harapos que me cubrían.

Si se me permite la frase, diré que iba vestido correctamente. En todo, hasta en la podredumbre y la miseria, puede haber corrección.

Mi disfraz de mendigo era completo y perfecto. *El Duque de Egipto* de la *Corte de los Milagros* no habría vacilado en nombrarme presidente, ó vocal por lo menos, del tribunal que sentenció á Gringoire.

Al mismo tiempo, la barba crecida y el cabello desgreñado, me comunicaban cierto aspecto de bandido del Bowery, que debía facilitarme la entrada en determinados lugares, cuyas puertas jamás se abren ante los hombres de bien.

El director del periódico se limitó á darme á conocer el objeto que se proponía, sin añadir instrucciones, consejos ni dinero.

«El Presidente de las Asociaciones de Caridad de New York, me dijo, acaba de afirmar en un diario de la tarde, que en esta ciudad se puede vivir cómodamente sin gastar dinero y sin trabajar. Deseo obtener *una buena información* sobre ese particular; y he decidido enviarlo á usted, porque, á más de otras cualidades, conoce perfectamente varios idiomas, lo que ha de servirle de mucho, puesto que tendrá necesariamente que mezclarse con gentes de todas nacionalidades. No le facilito dinero alguno, porque va usted, precisamente, á tratar de vivir sin trabajar y sin gastar ni un centavo; y por lo que á recomendaciones y consejos se refiere, omito el dárselos, porque deseo dejar á usted toda la gloria del trabajo que va á realizar.»

Diciendo estas palabras, el director reanudó su interrumpido artículo de fondo; y yo salí á la calle con el sombrero calado hasta los ojos y las manos escondidas en los profundos bolsillos del gabán.

Me dirigí derechamente al Bowery; y cerca de la calle de Houston, sintiendo que el frío me *mordía* rabiosamente las orejas, entré en un *barroom* para calentarme.

Sentados ante una mesa había varios individuos jugando al *poker* y fumando *plug-cut*. A espaldas de uno de los jugadores, que tenía

todo el aspecto de un honrado comerciante al por menor, observé una especie de gigante, que llevaba un traje mitad de marinero y mitad de bandido, el cual, sentado á horcajadas sobre un mugriento taburete, en cuyo respaldo reclinaba su enorme cabeza de galeote, parecía sumamente interesado en el juego. De vez en cuando tosía con violencia, escupía y se examinaba minuciosamente la garganta, con ayuda de un espejo, que siempre tenía el cuidado de colocar de tal modo, que reflejara las cartas del jugador que ante él estaba sentado.

Este último, ¡naturalmente!, perdía casi de continuo; y sin duda para hacer que cambiara la *mala sombra* que le perseguía, trasegaba á su estómago enormes *schooners* de cerveza, que el cantinero, antes de servirle, tenía buen cuidado de *preparar*.

Desde luego comprendí de lo que se trataba; y redoblé mi atención.

No tardaron los *toughs* en notar mi presencia, y molestándoles, sin duda, trataron de alejarme de allí.

Para conseguirlo dieron comienzo á una serie de maniobras, indudablemente hábiles, y que habrían dado el resultado que ellos deseaban, de no haberse tratado de un hombre que, como yo, estaba prevenido de antemano.

Después de media hora empleada por los *loafers* [1] en llamar mi atención hacia la calle, donde, según decían en voz alta, con el propósito de que yo los oyera, estaban riñendo á puñetazos *Kid* Murphy y *Al* Smith, notables pugilistas callejeros, uno de ellos, el del espejo, decidió emplear medios heroicos; y abandonando su *ventajosa* posición á espaldas del jugador á quien desplumaban, se acercó á mi mesa, y entabló conversación, empezando por el *Hello Bill!* de rigor entre esa gente.

Cuando supo que yo era *Dan Burkett*, de Buffalo, me dijo que él era *Chic Latham*, de Detroit. Pareció interesarse con el relato de mi viaje á pie desde Chicago á New York, y me ofreció un trozo de tabaco de mascar.

Después me felicitó, dándome un formidable puñetazo de admiración, por mi último robo en Newark. Tomé nota de que *Bill* Mc. Farland había sido reducido á prisión, por asaltar una casa el día anterior, y supe que el *negocio* no producía mucho en esos momentos, y que teníamos constantemente *sobre los talones* al Capitán Titus y sus *sleuths*. [2]

—No todos los días, dijo, se consiguen *fáciles* como ése.

(1) *Loafer.*—Apache.
(2) *Sleuth.*—Espión, detective. El Capitán George Titus era en esa época jefe de los detectives neoyorkinos.

Y con un movimiento de cabeza señaló al confiado jugador.

—¿Por qué no vas á ver á *Joe?* me preguntó. Él prepara un *buen golpe* para mañana. Puedes ser de la partida. Entre tanto puedes *chuparle un poco á la ciudad.*

Después me indicó el sitio en que podía encontrar á *Joe.*

—Dile que viste á *Jim* Frasser en Boston y que te recomienda *Chic* Latham. *Joe* te dará *boletos de caridad.* Oye! y no vayas á mover demasiado la *sin hueso* y á dejar que se te *caigan los dientes. Don't squeal.* (1) ¿Estamos? Tú sabes que *Chic* Latham es un hombre y que cumple lo que ofrece. Ahora toma un *nickel* para el banquete, y ¡lárgate! ¡Que no te vea por aquí otra vez!

*
* *

Salí á la calle, dispuesto á cumplir al pie de la letra mi comisión. Por medio de los *boletos de caridad* que me daría *Joe* dormiría aquella noche en uno de los *lodging houses* que sostiene la ciudad, para albergar á los que de todo

(1) *Don't squeal.*—No gruñas.—En *slang*, *gruñir* equivale á delatar.

carecen, y que allí encuentran, por lo menos, un pan y un jergón.

Al empujar la puerta del *barroom* para salir, dirigí la vista al grupo de jugadores.

La víctima, el *fácil*, como *Chic* le llamaba, acababa de quedarse dormido.

El narcótico había producido su efecto.

Al siguiente día, probablemente, habría una viuda más en New York.

II

Joe me recibió con agrado, y luego que le hube manifestado el objeto de mi visita, me entregó un *boleto de caridad*, provisto del cual me presenté á las seis de la tarde en el *lodging house* de la calle Delancey.

Un grupo numeroso esperaba frente á la puerta á que dieran la orden de entrar. Este grupo estaba formado de hombres de todas las clases de la sociedad, que sólo guardaban entre sí una afinidad: la miseria. En los rostros de algunos se retrataban la cortedad y la incertidumbre propias de los que, como yo, acudían á ese sitio por vez primera. En los de otros, por el contrario, se advertía ese aire de seguridad, de firmeza, característico del asiduo parroquiano del *lodging house*.

Entre aquellos hombres había ladrones de oficio y ladrones de ocasión; mendigos profesionales y pobres vergonzantes; presidiarios cumplidos y futuros galeotes; empleados cesantes y vagabundos perpetuos; grandes dolores y cinismo repulsivo; ojos enrojecidos por el llanto y ojos enrojecidos por el alcohol; levitas convertidas en harapos y harapos hechos tiras; miradas sombrías fijas en un horizonte de sangre y miradas tristes vueltas hacia un pasado mejor; la aurora del delito y el ocaso del crimen; un estercolero de miserias fermentando en una charca de bajas pasiones!...

Después de esperar cerca de media hora, se presentaron á la puerta varios empleados, vestidos con unos uniformes de color azul, bastante parecidos á los que usan los conductores de los tranvías, y el que parecía ser jefe dió la orden de entrar.

Se nos condujo, antes que nada, á una sala de grandes dimensiones, donde, obedeciendo el mandato de nuestros conductores, nos despojamos del traje, quedando completamente desnudos, pues hasta los zapatos nos hicieron quitar. Después nos llevaron al cuarto de baño, donde, á pesar de las protestas de algunos, nos obligaron á colocarnos bajo las heladas duchas. Se nos entregó entonces, á cada uno, un trozo de

jabón fenicado y un cepillo de cerdas gruesas y ásperas. En seguida el Jefe del departamento ordenó que nos *baldeásemos de firme* (textual).

Había entre los *bañistas* algunos poco aficionados á la *hidroterapia* y á éstos se dirigían, por parte del empleado, algunas frases como ésta, dichas en *slang*: (1)

—*Gwan, Bill! Yer scrub yerself hard, or I'll knock yer block off!* (2)

Esta amenaza, repetida muy á menudo y seguida de vez en cuando de argumentos *contundentes*, dió por resultado un afán de limpieza tal, que cuando salimos del baño estábamos todos blancos y relucientes como monedas de plata recién acuñadas.

A cada uno se nos entregó entonces una gran bata de felpa y un par de chinelas del mismo material.

En seguida fuimos conducidos al dormitorio, y á los cinco minutos muchos roncaban.

Las camas eran bastante cómodas, las sábanas limpias, y el local hubiera podido considerarse *confortable*, á no ser por un penetrante olor á materias desinfectantes, al que no podía uno acostumbrarse sin molestia.

(1) *Slang.*—Argot del pneblo bajo.

(2) *Gwan, Bill: yer scrub yerself hard, or I'll knock yer block off!*—Vamos, Bill, baldéate recio, ó te arranco la cabeza.

A las cinco, despertados por el tañido de una gran campana, estábamos todos en pie.

Entonces se nos devolvió la ropa que teníamos el día anterior. Al ponerme la camisa noté que estaba sumamente húmeda, lo mismo que el resto del traje.

Hube de preguntar la causa, y se me dijo que, desinfectada la noche antes en una solución de ácido fénico (!) no había podido secarse completamente, á causa de la falta de carbón. Es de advertir que esto ocurría en los días tristes de la huelga de Pennsylvania.

Luego que estuvimos vestidos, se nos condujo al comedor, donde nos sirvieron un desayuno de pan y café.

Después, provistos de un boleto que daba derecho á dos comidas en alguno de los muchos restaurants que tiene establecidos en toda la ciudad el Departamento de Caridad, salimos á la calle.

Había cesado de nevar.

Recorrí el Bowery en todas direcciones; visité diferentes *barrooms* de esos cuya parroquia se compone principalmente de bandidos y mendigos, y en uno de ellos un jugador de *poker* que ganaba, me obsequió con un vaso de cerveza y un trozo de tabaco, que tuve buen cuidado de convertir en algo parecido á picadura, que

envolví después en el margen de un periódico. Aquel improvisado cigarrillo me supo á gloria, y durante diez minutos aspiré su aroma con verdadero deleite.

A las doce me encontraba en un fonducho de la calle Fulton, dispuesto á devorar, con apetito de veinticinco años, los manjares que graciosamente me proporcionaba el Departamento de Caridad.

«Sopa de lentejas; carne cocida; pan y café»: tal era el menú. Los platos estaban bien condimentados y las raciones eran abundantes. Salí completamentc satisfecho del restaurant.

Hasta las cinco continué mi *recorrido*, y á esa hora, después de convencerme por experiencia propia, de que en New York se puede vivir sin trabajar, regresé á la redacción del periódico, y dí cuenta de mis impresiones al director.

—Bien, me dijo: mañana trate de averiguar si es tarea fácil encontrar trabajo en New York.

III

En poco más de veinticuatro horas había logrado convencerme de que en esta gran ciudad se puede fácilmente vivir sin trabajar.

El Departamento de Caridad, que á más del apoyo decisivo del gobierno, cuenta también

con cuantiosos legados y donativos particulares, dispone de vastísimos recursos pecuniarios para atender á los millares de desgraciados que pululan por las calles y plazas de la soberbia metrópoli norteamericana, sin otro techo que el cielo ni más alimento que un mal pedazo de pan.

Los *lodging-houses* y restaurants que tiene el citado Departamento á disposición de los necesitados, reúnen todos los requisitos indispensables de orden, limpieza y hasta comodidad; y los que á ellos acuden encuentran siempre «el bocado y el nido» de que habla Poquelín de Moliere.

Debo decir aquí, sin embargo, que por las observaciones personales que en aquella ocasión, para mí memorable, hube de hacer, llegué á la conclusión, por demás dolorosa, de que al pobre, al verdadero pobre, lejos de ser beneficiosa, es perjudicial esa *reglamentación de la Caridad.*

Durante mi estancia de poco más de un día en el seno de aquella sentina humana, pude convencerme de que la inmensa mayoría de los que se aprovechan y viven de esa obra de misericordia con estatutos, son los que menos simpatías merecen y los que tal vez necesitan menos de que se les proteja y socorra.

Todos los días mueren de hambre en New York dos ó más personas.

Por regla general, esas víctimas de la miseria son jornaleros sin trabajo, padres de familia que, si estuvieran solos, podrían encontrar pan y albergue en alguno de los citados *lodging-houses* ó restaurants; pero que no pudiendo conducir á esos lugares á su mujer tísica y á sus hijos, anémicos y encanijados, prefieren permanecer junto á ellos y correr la misma suerte. La muerte sobreviene; el médico forense certifica las causas que la han producido; se les lleva á la Morgue y luego se les arroja á la fosa común. Al siguiente día los periódicos publican cuatro renglones, ¡y se acabó!

Esos desgraciados luchan titánicamente para evitar lo inevitable. Empiezan por buscar trabajo: ¡no lo hay!; luego apelan á la caridad: en todas partes les dan con la puerta en las narices. Ningún habitante de New York se considera obligado á dar limosnas.

—« No tenemos necesidad de semejante cosa, dicen; para eso sostenemos un Departamento de Caridad.»

Ahora bien: imagínese el lector un cuadro de miseria de esos que son tan comunes aquí. Un padre de familia que ve á los seres que ama sucumbir de inanición.

En la casa no queda ni un mal pedazo de pan; el frío es horrible, y no hay una hornilla

con fuego ni una ventana que no esté desvencijada.

Ese pobre hombre lo que necesita para él y los suyos es un poco de alimento y un poco de carbón. Sus vecinos, sus semejantes, sus hermanos en Dios, son los que pueden facilitarle esos auxilios. Si acude al Departamento de Caridad, situado tal vez á enorme distancia de su casa, le darán un boleto *personal* para un *lodging-house.* Las personas á quienes se dirige, le vuelven la espalda. La familia aquella muere de hambre... aquí, en la rica, en la archi-millonaria New York!

En Cuba no está todavía organizada la Caridad. Y por eso se practica. En Cuba todo el mundo está siempre dispuesto á socorrer al necesitado. No así en los Estados Unidos.

El reglamentar las obras de misericordia, tal vez denotará el progreso de un pueblo, pero no denota su nobleza de alma.

Y yo me siento orgulloso de ser ciudadano del país que ha progresado menos, pero que, así y todo, es el mejor.

***

A las siete de la mañana dí comienzo á mis pesquisas en busca de trabajo.

Por espacio de diez horas recorrí las calles de la gran metrópoli, y durante ese tiempo visité cuarenta y dos oficinas. En algunas (muy contadas) me preguntaron mi nombre y direc ción, «para cuando ocurriera una vacante».

En la mayor parte, sin embargo, ni siquiera quisieron recibirme.

A las seis de la tarde, cansado y con las esperanzas perdidas, regresé á mi casa, dispuesto á proseguir á la mañana siguiente, mi interrumpida labor.

No quiero cansar á mis lectores.

Básteles saber, que durante tres días hice publicar solicitudes en todos los periódicos neoyorkinos, que contesté más de cincuenta anuncios que en los mismos aparecían, y que no descansé un solo momento, buscando trabajo con tanto empeño como si en realidad lo necesitara.

Me ofrecía como traductor, taquígrafo, mecanógrafo, ingeniero, periodista, tenedor de libros, mecánico, carpintero, sastre, profesor de idiomas y farmacéutico. No me importaba decir que sabía ejecutar trabajos que ignoraba, toda vez que no pensaba aceptar ninguna colocación.

Recuerdo que en una casa comisionista me rechazaron, porque no «hablaba correctamente el castellano» (!!).

Un individuo, fabricante de cajas de hierro, me hizo sufrir un examen de media hora, con objeto de cerciorarse de si yo sabía barrer. Después me preguntó si hablaba francés y alemán.

Aunque conozco el primero, el segundo de esos idiomas me es completamente desconocido. Y con ese motivo, el fabricante de cajas de hierro ¡me rechazó!

En un taller donde solicitaban « un hombre vigoroso », me dijeron que no servía, porque mi estatura es *solo* de cinco pies once pulgadas y ellos querían un hombre que tuviera, por lo menos, seis pies.

En muchos lugares, donde me presenté á las siete de la mañana, me dijeron que había llegado tarde...

Después de tratar, infructuosamente, de *colocarme*, por espacio de tres días, regresé á la redacción, convencido de que en New York se puede fácilmente vivir sin trabajar; pero también convencido de lo difícil, lo sumamente difícil que se hace encontrar ocupación.

Por eso, hoy, cuando oigo á los felices decir: «El que quiera prosperar, que trabaje!» me encojo de hombros y me echo á reir.

New York, Julio de 1903.

UNA INTERVIEW

YA LE tenemos aquí! Por fin llegó!

Me refiero á Su Magnificencia el príncipe Fushimi, del Japón.

Hizo su entrada en New York escoltado por un piquete de policías municipales, rodeado de detectives del *Central Office* y seguido de un ejército de secretarios, dependientes, ayudantes, criados, repórters, curiosos, adulones, desocupados, autoridades civiles y militares y una inmensa muchedumbre de limpia-botas y vendedores de periódicos, que agitaban pañuelos y sombreros y gritaban: *¡Banzai!*

De la estación se dirigió en línea recta al hotel *Saint Regis*, que es diez veces más lujoso y más caro que el *Waldorf Astoria.*

Para que mis lectores puedan formarse una idea aproximada de la suntuosidad de dicho hotel, básteles saber que la cama que se ha

destinado al príncipe costó diez mil pesos, y que la habitación de menos precio del establecimiento cuesta ciento setenta y cinco duros diarios de alquiler.

Nota bene: En el hotel *Saint Regis* no hay nunca cuartos desocupados. ¡Así es New York!

Entretanto, los pobres se mueren de hambre y carecen de carbón!

¡Así también es New York!

Volvamos al príncipe Fushimi.

Ha venido á los Estados Unidos, como enviado especial del Mikado, á desempeñar una comisión de la mayor importancia; y el Ayuntamiento neoyorkino lo ha nombrado huésped de honor de la ciudad, y el Gobierno de Washington, huésped de honor de la nación.

¡¡¡Banzai!!!

Si digo que Su Alteza tiene cara de diablo, les aseguro á ustedes que mi intención no es ofender á nuestro distinguido visitante.

Es la pura verdad. En mi vida he visto rostro más parecido al de un *Mefistófeles* de escenario. Por lo demás, el príncipe es de elevada estatura (lo cual es muy raro entre los japoneses) enjuto de carnes, de mirada penetrante y aire distinguidísimo.

Más que un príncipe, parece un rey; y en su

presencia siente uno ganas de saludarle con un *¡Banzai á Vuestra Satánica Majestad!*

Acompañan á Su Magnificencia (como antes dije) muchos secretarios, dependientes y domésticos de todas clases. Desde el encopetado *valet de chambre* hasta el humilde muchachillo que da lustre á las botas del señor.

Todos estos criados y dependientes y secretarios, podrían pasar muy bien por hermanos del príncipe, debido á lo mucho que, físicamente, se le parecen, y á que todos se visten de la misma manera, esto es: levita *Prince Albert*, pantalón claro, botas charoladas y sombrero hongo, ó como decimos en Cuba: *bombín*.

Nada más difícil que celebrar una entrevista con Su Alteza. Y no porque el distinguido japonés se niegue á recibir á los periodistas, sino á causa de las muchas precauciones de que le rodean sus acompañantes y las autoridades americanas. En sus soberbias habitaciones del *Saint Regis*, el amarillo potentado está tan bien guardado y puede considerarse tan seguro, como Napoleón en su tienda de campaña, en medio de los cuadros de la Guardia Imperial.

Sin embargo: á pesar de saber yo todo esto, y acaso por lo mismo, pues nada me seduce tanto como vencer dificultades, decidí celebrar una entrevista con el príncipe, quien de fijo

habría de decirme algo interesante que comunicar á los lectores de este diario.

A las dos de la tarde me presenté en ese palacio soberbio, maravilloso, que se llama el hotel *Saint Regis*.

Junto á la gran escalera central, y cerca de los ascensores eléctricos que conducen á las habitaciones de *Su Suavidad* (uno de los títulos del príncipe, ¡palabra de honor!) se habían estacionado más de veinte individuos de su servidumbre. Estos señores son los bípedos más amables y bien educados que habitan el cuarto planeta del sistema solar. Creo que llevan su discreción al extremo de pedirse perdón á sí mismos cuando se permiten soñar en voz alta.

Entregué mi tarjeta á un criado del hotel, que la tomó con aire protector; me examinó de pies á cabeza varias veces, se fijó en mi alfiler de corbata, como queriendo cerciorarse de que no era una *perla* de pasta de arroz la que lucía en mi flamante *ascot* (comprada la víspera y con motivo de la visita, en casa de Duroc); penetró con la mirada hasta los forros de mi *cravenette*, con objeto de ver si eran de seda; del abrigo pasó á los zapatos: notó que el pantalón era de lana escocesa, que los guantes eran negros, y que en sus botones de cobre dorado se leía: *Fownes-Paris*, y sonrió como diciendo:

Viene usted como debe. En seguida colocó la tarjeta en una pequeña bandeja de oro, y después de dirigir una mirada al reloj de ónix, de ocho mil pesos, colocado sobre la escalera, tal vez para asegurarse de que no podía ser arrancado fácilmente de su alveolo, partió á cumplir su comisión. A los cinco minutos regresó acompañado de un individuo vestido de negro, que traía en sus manos mi tarjeta y la examinaba con detenimiento. Cuando este hombre estuvo junto á mí, empezó á interrogarme:

—¿Quién es usted?

—La tarjeta lo dice—repuse: un periodista. ¿Y usted?

—El sargento de detectives Funston.

—Servidor de usted.

—¿Para qué quiere ver usted al príncipe?

—Para dirigirle algunas preguntas.

—¿Acerca de qué?

Aquí de mi inventiva, pienso yo. Y respondo sin vacilar:

—Acerca del efecto que ha causado en el Japón el movimiento de los *zemstvos*.

El policía hace una mueca de mal agüero. Comprendo que he cometido una tontería, y me apresuro á añadir.

—También deseo preguntarle lo que opina sobre el Cuerpo de Policía de New York.

—¿Y publicará usted lo que el príncipe le diga?

—Desde luego.

El detective se vuelve al criado y le dice:

—Conduzca usted al caballero á presencia de Mr. Nakoto.

Ascendemos la gran escalera, y pronto tropezamos con el primer centinela japonés. Mister Nakoto, que es el hombre más fino del mundo, me pregunta en un inglés pésimo, que haría enrojecer de vergüenza á un habitante de Boston:

—¿Desea usted ver al príncipe, caballero?

—Sí, señor· si es posible.

—Su Alteza será muy feliz con su visita.

Yo me pongo orgulloso, y pienso en lo fácil que resulta hacer la felicidad de un príncipe japonés.

—Sí—añade mi amabilísimo interlocutor—usted es el primer periodista que le visita desde su llegada á New York, y no dudo que Su Magnificencia lo recibirá con agrado. ¿Es que desea usted celebrar con él una *interview?*

—Ese es mi objeto; pero si tal cosa le desagrada...

—Oh! no. Qué disparate! Su Suavidad tendrá mucho gusto.

Luego me mira con sus ojillos de almendra,

y hace un gesto significativo, en el que leo claramente estas terribles palabras:

—Hemos terminado! Ahora, márchese usted por donde vino.

—Es que yo desearía—me apresuro á decir—ver al príncipe hoy mismo.

—Ah!—replica mister Nakoto,—entonces vea usted á mister Satsuma.

—Y, ¿dónde encontraré á mister Satsuma?

—En el corredor; á dos pasos de aquí.

Prosigo en la dirección que me indica, y no tardo en descubrir la segunda avanzada japonesa.

—¿Mister Satsuma?—pregunto.

—El mismo,—contesta sonriendo un japonesito muy simpático. Y añade: ¡Sea usted bienvenido! ¡Desea usted ver á Su Grandeza?

—Sí, señor.

—Pues bien, aguarde un instante. En este momento le acaban de servir el té.

Permanezco en el corredor cerca de quince minutos; y ya empiezo á impacientarme, cuando mister Satsuma, que me dejó al pronunciar sus últimas palabras, regresa y me dice:

—Siga usted por todo el corredor, tuerza después á la derecha, y allí encontrará...

—¿Al príncipe?—pregunto.

—No, señor,—responde con su eterna sonri-

sa—á mister Fukashuka. El le indicará lo que debe hacer.

Me dan ganas de volverme, cansado de aquella odisea; pero me contiene la creencia que abrigo de que la entrevista con el príncipe puede resultar de gran actualidad é interés. Obedezco, pues, las instrucciones que se me han dado, y pocos instantes después recibo el saludo de mister Fukashuka.

Las mismas preguntas:

—¿Desea usted ver al príncipe?

—Sí, señor.

—Pues aguarde un momento. Está tomando una taza de té.

—¡Cómo! ¿Otra vez?—exclamo sorprendido.

Después que Fukashuka me hace esperar diez minutos, tengo que sufrir los saludos y los interrogatorios de mister Kiú-ku.

Luego los de mister Kumotashuma, y los de mister Shikoko, y los de mister Pokato, y los de mister Yedoki, y los de mister Ricikiax; hasta que ¡por fin! rendido, jadeante, incapaz de ordenar ni mis ideas ni mi traje, hago mi entrada en la regia cámara de Su Alteza Imperial.

—En Cuba—digo, inclinándome ante Su Suavidad,—hay grandes simpatías por los japoneses, y todo el mundo desea que venzan á los rusos.

—Me alegro,—contesta el príncipe—de saber que se nos quiere tan bien.

Intento dirigirle otras preguntas; pero no doy con ninguna que pueda interesar al príncipe ó á los cubanos.

Entonces, por primera vez, caigo en la cuenta de que las simpatías que por el Imperio del Sol Naciente alientan mis paisanos, y el gran interés que en nuestra patria despierta la guerra ruso-japonesa, son sentimientos tan ridículos como infundados, puesto que nada, absolutamente nada hay de común entre los dos pueblos, y ningún lazo nos liga al Japón.

Si se tratara de Francia, Inglaterra, Alemania... de la misma Rusia, pienso, no me faltarían preguntas que dirigir á un representante de cualquiera de estas naciones en el curso de una entrevista. Un ruso, por lo menos, me podría decir algo interesante acerca del gran movimiento liberal de los *zemstvos* ó, en último extremo, algo no menos interesante acerca del libro que acaba de publicar Tolstoi. Pero, un japonés, ¡Dios mío! ¿qué puede decirme un japonés que sea leído con interés por los cubanos?

***

Cuando, todavía confuso y atolondrado, salí

del *Saint Regis*, una duda cruel me atormentaba:

¿Sería, después de todo, el genuino, el auténtico príncipe Fushimi aquel caballero alto, flaco y amarillo con quien acababa de hablar?...

New York, Diciembre de 1904.

¡VIVA LA PAZ!

¡Miserable!

¡Canalla!

¡Cobarde!

¡Ruín!

Después se produjo un espantoso ruido de cristales que se rompían; algunas sillas describieron en el aire caprichosas parábolas, yendo á estrellarse contra cabezas ensangrentadas. Se oyeron voces femeninas que pedían socorro y gritos de macho enfurecido que clamaban venganza.

El escándalo llegó á su colmo cuando resonaron dos ó tres detonaciones de revólver. Acudieron á toda prisa los empleados del establecimiento.

Se llamó á la policía; se hizo venir una ambulancia.

La escena que acabo de describir ocurrió ayer en un hotel de esta ciudad.

Cuando los agentes del orden trataron de averiguar lo ocurrido, no les fué posible hacerse entender de los beligerantes, ninguno de los cuales hablaba inglés. Los médicos estuvieron ocupadísimos durante una hora, vendando cabezas y remendando sangrientos agujeros.

El propietario del hotel, entre tanto, examinaba los desperfectos causados en su inmueble, y daba las órdenes oportunas para que se llamase al ebanista, al carpintero, al cerrajero, al vidriero, al albañil y al pintor.

En poco más de diez minutos *los señores del número 38*, nombre bajo el cual eran conocidos en el establecimiento los héroes de la gran batalla, habían destruído cuatro ventanas, seis sillas, una mesa, dos sillones, un escaparate, dos puertas, un palanganero, dos lámparas, un servicio de porcelana, dos botellas de cristal tallado, un reloj de pared, una mampara de cristales finos, algunos pies cuadrados de alfombra de Bruselas, dos cortinas de damasco y un gran lienzo de pared... sin contar, por supuesto, varios desperfectos menores, tales como el destrozo de unos cuadros y la completa destrucción de un esquinero lleno de *bric-a-brac*.

Como que los repórters americanos (dando prueba de muy buen sentido) no publican en los periódicos la descripción técnica (¿se dice

así?) de las heridas, como por Cuba se acostumbra, no puedo precisar cuántos de los combatientes «presentaban: heridas como de tres centímetros, producidas por instrumento pérforo cortante, que interesaban la piel, tejido celular y penetraban en la cavidad toráxica» y también ignoro cuántos de ellos «presentaban contusiode segundo grado en la región malar».

Pero sí puedo asegurar que todos los *señores del número 38* estaban hechos una lástima, y que al que no le habían hinchado un ojo le habían magullado la cabeza.

Luego que los facultativos terminaron la primera cura, los beligerantes fueron conducidos á la estación de policía, y allí, con ayuda de varios intérpretes, se les interrogó.

—*El capitán del Precinto:* ¿Por qué riñeron ustedes?

—*Los señores del número 38:* Por un altercado que sostuvimos con motivo de ciertas diferencias de opiniones.

—*El capitán*: ¿Es que ignoran ustedes que en los Estados Unidos se castiga con mucha severidad á los que se pegan?

—*Los señores del 38:* Nosotros somos extranjeros.

—*El capitán* (dirigiéndose á uno): ¿De dónde es usted?

—*El interpelado:* De Suiza.

—¿Y usted?

—De Alemania.

—¿Y usted?

—Italiano.

—¿Y usted?

—Ruso.

—¿Y usted?

—De Francia.

—¿Y usted?

—Yo soy del Japón.

—*El capitán* (dirigiéndose al más estropeado de todos, cuyo rostro desaparece completamente bajo una enorme máscara de gasa): ¿Y usted de dónde es?

El interpelado, que no puede hablar, se vuelve de espaldas penosamente, y muestra al capitán los restos de una trenza.

—Ah! ya caigo, dice sonriendo el policía: usted es chino. Y, vamos á ver, añade: ¿cuál es la ocupación de ustedes? ¿qué han venido á hacer á la exposición de St. Louis?

—*Los señores del número 38* (con gran solemnidad): Nosotros somos delegados al Congreso Internacional de la Paz. (!!!)

St. Louis, Septiembre de 1904.

OROS SON TRIUNFOS

Nos encontramos ¡por fin! en plena Primavera; y las hermosas avenidas del Central Park empiezan á cubrirse de una bóveda soberbia de verdor.

En las esquinas de las calles, las vendedoras de flores han reemplazado á los vendedores de castañas. Los carros que se empleaban para trasportar carbón, se pintan y se arreglan para la conducción de hielo. En los sombreros femeninos, las rosas sustituyen á las plumas y la paja al castor.

En el jardín zoológico, los leones, panteras, leopardos y jirafas se muestran satisfechos; los osos, en cambio, empiezan á gruñir malhumorados. Las calles, cubiertas de hielo hasta hace tres semanas, están ahora cubiertas de fango. Al *hockey*, *lacrosse* y ajedrez ha seguido el *base ball*.

El azul ha reemplazado al gris.

New York se cubre de flores y verdura. Parece un sombrero de mujer.

***

...Y, aprovechando la buena época, se ha casado Reginaldo Vanderbilt.

Vanderbilt es uno de *nuestros* más famosos archi-millonarios y de *nuestros* no menos famosos archi-cretinos. Ha nacido en New York, debiendo haber nacido en el valle de Aosta, en Coria, ó por lo menos en Batabanó.

Pertenece á esa pléyades de jóvenes potentados que se pasan la vida rompiéndose la crisma en automóviles, montando á caballo y jugando al *golf* y al *lawn-tennis*.

Y es más soberbio y orgulloso que un rey. Verdad que él también es rey.. *de oros*.

Pues, como iba diciendo, se casó. Costó la ceremonia más de cien mil pesos. Solamente en flores se gastaron cuarenta y ocho mil. Para limosnas no se dedicó dinero alguno. ¿Qué pueden importarle los desgraciados á *todo* un Vanderbilt?

Aquel mismo día fueron llevados á la Morgue tres cadáveres encontrados por la policía en la calle. Según los médicos forenses, aquellos infelices habían muerto de hambre.

Y, contraste singular: después del banquete con que obsequió Vanderbilt aquella noche á sus amigos, uno de los comensales murió de indigestión.



La víspera de la boda, paseaba el joven millonario con su futura, por una de las principales calles de Newport.

Cuando digo que «paseaba», se entiende que iba en coche. Los millonarios jamás van á pie. Eso es demasiado vulgar: y demasiado saludable también. Y un millonario no puede ser saludable. Necesita gota y dispepsia para tener más impreso en el rostro, amarillento y ojeroso, el sello de la *distinción*.

Al llegar frente al Casino de Newport, varios fotógrafos apuntaron sus cámaras á Vanderbilt y su compañera.

Un retrato de millonario casadero se paga siempre bien. Aquellos fotógrafos pensaban tal vez ganarse honradamente unos cuantos pesos, vendiendo á los periódicos ilustrados «la última fotografía de Vanderbilt antes de casarse».

Pero el joven millonario no estaba de humor; y apenas vió las cámaras dirigidas á él, detuvo el carruaje, saltó á tierra y la emprendió á latigazos con el retratista que más cerca se encon-

traba, gritando furioso mientras le cruzaba el rostro con la fusta:

—«¡Perro! ¡perro! Toma esto, para que tengas la osadía de retratarme!»

El pobre fotógrafo, sobrecogido de terror ante los golpes del iracundo potentado, clamaba por ayuda. Un agente de policía que se encontraba cerca del lugar acudió presuroso, empuñando el *club*, dispuesto á castigar severamente al atrevido que así se tomaba la justicia en su mano. Pero al llegar junto al coche, cambió por completo de actitud. Su rostro rubicundo de *policeman* se transformó en rostro degenerado de lacayo: sintió que su uniforme se convertía en librea; dejó caer el garrote que blandía, y se quitó el sombrero con humildad.

Había reconocido al millonario.

—¡Señor! murmuró.

Y le dió la razón.

Y reprendió severamente al fotógrafo.

Y acarició al caballo que tiraba del carruaje.

Y ofreció mil excusas á la futura Mrs. Vanderbilt.

Y enrojeció de orgullo cuando el potentado le dió dos golpecitos en el hombro.

Y estamos en los Estados Unidos.

Y ¡Viva la Libertad!

New York, Abril de 1903.

SANIDAD Y CIUDADANIA

A LAS DIEZ de la mañana de ayer cortaba la proa del *Louisiana* las aguas achocolatadas del Mississippi, y á la misma hora de la noche llegábamos á los muelles de New Orleans.

—Los equipajes, me dijo un empleado de la Aduana, no serán examinados hasta el amanecer.

Me dispuse á desembarcar para visitar las redacciones de los periódicos más importantes y recorrer la ciudad.

Pero no contaba con la huéspeda, que era en este caso, un inspector del Departamento de Inmigración, que provisto de papel y lápiz, se había situado junto á la escala, deteniendo á todos los que pretendían salir del buque.

—¿Cómo se llama usted?

—Fulano de tal.

—¿Es usted ciudadano americano?

—Sí, señor.

—¿Lo jura?

—¡Lo juro!

—Puede pasar.

Me llegó mi vez.

Las mismas preguntas.

—¿Es usted ciudadano americano?

—No, señor.

—Pues no puede saltar á tierra.

—¿Por qué motivo?

—Orden de la Sanidad.

—Temor á la fiebre amarilla, sin duda, me aventuré á decir.

—*Yes sir.*

—¿Pero si yo soy cubano, vengo de un país donde no existen ni la viruela, ni el vómito... ni el estornudo... Mire usted que me perjudica no dejándome desembarcar.

—Lo siento mucho, pero no puedo remediarlo.

***

—¿Cómo se llama usted?

—José Fernández López.

—¿De dónde viene?

—De Cuba.

—¿Dónde residía antes?

—En Veracruz.

—No puede usted desembarcar. En Veracruz hay una epidemia espantosa de fiebre amarilla.

—Es que soy ciudadano americano.

—Entonces usted perdone. ¡Puede pasar!

*
* *

Coro general de mosquitos: ¡La sanidad bien entendida debe aplicarse á los *foreigners!*

New Orleans, Mayo de 1904.

SMITH Y BRANSFIELD

El tiempo estaba hermoso, la temperatura deliciosa; y Bransfield se dijo:

—Vamos á hacer una visita á mi amigo Smith.

Salió á la calle y apenas hubo llegado á la esquina sintió un mareo.

Y se metió en un *barroom*.

Continuó su camino y á los pocos momentos, ¡zas! otro mareo (como el personaje delicioso de *La Cara de Dios*). Y entró en otro *barroom*.

A las dos ó tres cuadras, un nuevo mareo y un nuevo *barroom*.

Y así, de *barroom* en mareo y de mareo en *barroom*, llegó Bransfield á casa de su amigo Smith, dando unos pasos tan extraños que parecían los movimientos de un caballo de ajedrez.

Smith, que había cometido la tontería de casarse la semana anterior, estaba en la sala en compañía de su esposa.

Al ver á Bransfield en aquel estado, sintió nacer en su corazón la envidia y ¡catapún! él también se mareó.

Media hora después, la luna de miel de Mistress Smith, habíase trocado en desenfrenada bacanal.

—¡A tu salud, amigo Bransfield!

—¡A la tuya, amigo Smith!

—¡Una copa más! ¡A la salud de mi esposa!

—¡Otra copita! ¡A la salud de tu primer hijo!

—¡Y del segundo!

—¡Y del tercero!

—¡Venga más whiskey! ¡A la salud del Almirante Dewey!

—¡Y de Roosevelt!

—¡Y de Parker!

—¡Por el Partido Republicano!

—¡Por los demócratas!

—¡Viva Bryan!

—¡Viva Mc Kinley!

—!Y Lincoln!

—¡Y Napoleón!

Pocos minutos después, Smith, tendido en la alfombra, roncaba como un órgano, con la cabeza sobre los restos de un pastel y un pie dentro de la escupidera.

Aunque borracho perdido, Bransfield com-

prendió que podía procurarse lecho más cómodo que su amigo, y se acostó en una cama, teniendo por almohada á la mujer de Smith.

> «Y allí durmió las horas sin medida
> del ocio y el placer...»

como dice Núñez de Arce en su inmortal *París*, y de allí lo hizo levantar tres horas después el dueño de la casa, y de la cama, y de la almohada, que armado nada menos que con ¡una puerta! la emprendió á golpes con el intruso.

El desventurado Bransfield se echó á la calle perseguido por el ultrajado esposo, que se entretenía en estropearle la anatomía á portazos.

La situación del pobre diablo era tan agradable como la de cualquier Yamagata que se viera perseguido en un desierto de la Manchuria por una sotnia de cosacos de Mistchensko.

Se presentó por fin un policía que puso paz entre los beligerantes, y esta mañana los dos comparecieron en una *corte* de esta ciudad ante el juez correccional. Después de oído el caso con toda la atención que merecía, el magistrado (aquí le llaman «magistrado» á cualquier Pitcher de barrio), pronunció la siguiente sentencia:

—Condeno á Bransfield. á cinco pesos de multa, por emborracharse; á cinco pesos más por ir á

tentar á Smith á que se emborrachara; á cinco pesos más por desnudarse en casa de Smith; á cinco pesos más por salir á la calle en paños menores. Y á Smith lo condeno:

A cinco pesos, por emborracharse; á cinco pesos por facilitarle whiskey á Bransfield; á cinco pesos por pegarle á éste; á cinco pesos por promover escándalo en la vía pública, y á que indemnice, además, al propietario de la casa, por haberle roto una puerta.

Bransfield pudo pagar sus multas y quedó en libertad.

En cuanto á Smith, no pudiendo hacerlo, tuvo que ingresar en la cárcel.

Y para que su pobre mujercita no sufra durante su ausencia y se tranquilice, le escribió la siguiente carta:

«Querida mía: Como carezco de dinero para pagar las multas que me han sido impuestas por el juez, me llevan á la cárcel. No quiero que estés sola en la casa, y por eso he suplicado al portador que permanezca en ella durante mi ausencia. Ya conoces al portador. Es mi querido y buen amigo ¡¡¡BRANSFIELD!!!»

Es casi seguro (digo yo) que Smith romperá otra puerta tan pronto quede en libertad.

St. Louis, Julio de 1904.

BUENOS OFICIOS

En el famoso restaurant *Sherry* se celebró el sábado un banquete político de la más alta significación.

La fiesta fué dada en honor de Monsieur Jules Cambón, embajador de Francia en los Estados Unidos, que acaba de ser trasladado, con idéntico cargo, á España.

Todo cuanto vale y brilla en esta inmensa república de Yankilandia se hallaba presente. Mr. Roosevelt no pudo asistir; pero envió un mensaje de simpatía al ilustre huésped, expresándole la profunda pena que le causaba el verse privado del placer de sentarse con él á la mesa.

La nota más saliente del banquete fué el brindis del Secretario de la Guerra, Mr. Elihu Root, quien no tuvo empacho en declarar que levantaba su copa y bebía *«á la salud del distin-*

guido embajador á cuyo tacto, discreción, buena fe y sabiduría, debieron los Estados Unidos el haber logrado evitar GRAVÍSIMAS COMPLICACIONES *cuando esta república,* IMPULSADA POR LA FUERZA DE LAS CIRCUNSTANCIAS, *tuvo que hacer la guerra á España».*

Y añadió Mr. Root:

«*Y cuando lleguéis á la Península Ibérica, señor embajador, vos que sois nuestro amigo y el amigo de los españoles, haréis llegar sin duda hasta nuestros dignos, valerosos é hidalgos adversarios de ayer, la expresión más sincera de la profunda simpatía que por ellos y por su heroica patria sentimos los americanos.*»



Puede asegurarse que fué Monsieur Cambón el hombre que tuvo en sus manos la suerte de España. Una sola palabra suya bastó para decidir al gobierno de Francia á permanecer neutral. Y España, falta de la ayuda de su poderosa hermana de allende el Pirineo, vió sus escuadras destruídas, sus ejércitos vencidos y su imperio colonial arrebatado.

Resultado de todo esto: una comilona en casa de *Sherry*, grandes demostraciones de simpatía, vigorosos apretones de mano, las mayo-

res muestras de cariño que jamás han dado los americanos á un diplomático extranjero. Todo lo cual me parece lógico.

Ahora bien: cualquiera se figura que los españoles quieren mal á Monsieur Cambón. Pues no hay tal: el afortunado embajador ha sido ya condecorado por el Gobierno de Madrid con varias cruces y cintas, y ahora se le traslada á España, á petición de los mismos españoles, que quieren tener bien cerca, según declara un periódico de la Villa y Corte, «*al hombre meritísimo que sirvió de intermediario en las negociaciones de paz*».

MORALEJA: *Cuando encontréis en la calle á un hombre fuerte pegándole á uno débil y raquítico, poneos de parte del primero, que de ese modo obtendréis la amistad del poderoso y os granjearéis la gratitud eterna del abofeteado.*

New York, Noviembre de 1903.

¡HAIL COLUMBIA!

ESTA mañana, mientras tomaba el desayuno, *Jack*, mi criado, se permitió silbar el *Yankee Doodle*, al colocar sobre la mesa el servicio de café. No habían transcurrido cinco minutos, cuando un italiano, de esos que recorren la ciudad tocando el organillo, se detuvo debajo de mi ventana, y después de dispararme á quemarropa el *intermezzo* de *Cavalleria Rusticana* y el *miserere* de *El Trovador*, acabó de despertar al vecindario con los marciales acordes del himno nacional.

Salí á la calle y encontré un grupo numeroso de chiquillos que se dirigían á la escuela, marchando como soldados y cantando á gritos el *Hail Columbia, Happy Land!* Los caballos de un carro que pasaba, ostentaban en las coleras dos pequeñas banderas americanas. En

la esquina del Boulevard varios pilluelos jugaban *á la guerra* y se arrojaban bolas de nieve.

Al pasar junto á ellos, oí á uno exclamar: *Ustedes son Inglalerra y Alemania; nosotros somos Uncle Sam!*

Y lo decía lleno de patriótico orgullo.

Proseguí mi camino, y la batalla continuó.

Cuando llegué á la Estación del ferrocarril elevado situada en la esquina de la Avenida Columbus y la calle 66, la muchacha que allí vende periódicos me entregó el número del *Herald*, que acostumbro tomar, diciéndome: «*¡Noticias importantes! Parece que vamos á tener otra guerra. Yo tengo un hermano en la milicia: mi novio es marinero: ahora está en las Antillas con el Almirante Dewey: él peleó en Santiago á bordo del Indiana.*»

Tomé el periódico y hé aquí lo que leí: «*La situación en Venezuela es sumamente peligrosa: Washington teme que surjan graves complicaciones: Puede sobrevenir la guerra: Los Estados Unidos decididos á hacer respetar la doctrina de Monroe.*»

No tuve necesidad de leer más para explicarme el lenguaje belicoso de la vendedora de periódicos, el entusiasmo marcial de los muchachos, el adorno de las colleras de los caba-

llos, el himno nacional del organillo y el *Yankee Doodle* de mi criado *Jack*.

***

Tal es este país. ¡Hasta los niños son patriotas y se enteran en seguida de los sucesos que ocurren! ¡hasta las vendedoras de periódicos están familiarizadas con la política! ¡hasta los carretoneros y los criados saben lo que pasa y tienen su opinión! Tal es este país, tan mal estudiado, tan poco conocido. Tal es este país, lleno de defectos, que soy uno de los pocos en señalar; pero lleno también de grandezas y virtudes que soy el primero en admirar y reconocer.

Con cuanta razón exclamó Laboulaye, sorprendido y admirado: *¡Adelante, hijos de los puritanos, que el porvenir es vuestro!; porque vosotros constituís el pueblo más grande y más cristiano de la tierra!* . . . .

New York, Diciembre de 1903.

LA DOCTRINA DE MONROE

Acaba de recibirse un cablegrama anunciando la captura de TODA la flota venezolana por las escuadras combinadas de Inglaterra y Alemania.

Otro despacho nos informa de que los acorazados y cruceros del *Tío Samuel* continúan efectuando maniobras en el Golfo y haciendo observar la doctrina de Monroe.

Y un tercer mensaje nos hace saber que en La Haya sigue funcionando el famoso tribunal de arbitraje...!

No cabe duda de que la pobre Venezuela tendrá que pagar. Pero como no tiene dinero con que hacerlo, Albión y Germania se apoderarán de sus aduanas.

Lo cual, si no se hace con la debida corrección, constituiría una infracción de la doctrina del Sr. Monroe (Q. E. P. D.).

Y entonces el *Tío Samuel* entrará en escena y dirá *¡Alto allá!*

Y después de varias conferencias internacionales, con gastos á cargo de Venezuela, el generoso *Uncle Sam*, compadecido de su pobre sobrinita, pagará á Inglaterra y Alemania el importe de sus reclamaciones. Y *tutti contenti.*

Eso sí, ¡ya se encargará el *Tío* de cobrarle á la sobrina!

Y en caso de nueva resistencia por parte de Venezuela, pues otra demostración naval y posible ocupación de aduanas por parte de *Uncle Sam.*

Pero á esto no se opone la doctrina de Monroe. *America for the Americans*, reza. Y ¿quienes son los *Americans?* Pues los que aprendieron la *doctrina* en inglés.

¿Los demás...? Los demás son simplemente *americanos...* en español... ¡y gracias!

New York, Diciembre de 1903.

MERCADO DE POPULARIDAD

La princesa Luisa de Sajonia, haciendo girones su honor, se ha fugado con Monsieur Girón.

Y hoy se hallan en Suiza, hermoso país que se ha convertido en asilo de todas las enamoradas parejas que, encontrando obstáculos á su amor, se ven obligadas á emprender la fuga.

Por seguir á su enamorado galán, ha sacrificado la princesa su trono. Por seguir á su hermosa dulcinea, ha sacrificado Girón su libertad. ¡El pobre Girón!

Los americanos han comentado mucho el suceso. Y no han dejado de tratar de sacarle punta. Todos los días, desde que publicaron los diarios la noticia, Girón y Luisa reciben cartas y telegramas, en los que se les hacen *ventajosas proposiciones* para venir contratados á los Estados Unidos.

Algunos empresarios han ofrecido á los dis-

tinguidos amantes hasta cinco mil pesos por noche para que vengan á celebrar una serie de conferencias, ó *lectures*, como dicen aquí.

Tal vez al pobre Girón no le falten ganas de contratarse; pero hasta el presente no ha aceptado ninguna oferta, respondiendo siempre con dignidad: «*Ni yo soy Rigo, ni mi real amante es la princesa Chimay.*»

Estoy seguro de que muchas almas cándidas, al leer esta noticia, se habrán sentido indignadas.

—¡Cómo! exclamarán. ¡Proponer contratas teatrales á una princesa de la sangre!

Pero los yankees no se asustan por tan poca cosa. Existe en esta República un plausible deseo de ilustrarse, de aprender. Y al mismo tiempo se supone que nadie es más á propósito para narrar un suceso que el protagonista del mismo.

De ahí que las conferencias (*lectures*) estén tan en boga en los Estados Unidos.

Que *Jim* Jeffries ha molido á golpes á su adversario; que *Johnny* Reiff venció en el *Derby;* que Fournier llegó primero en las carreras de automóviles entre París y Berlín; pues no transcurren dos meses sin que el pugilista, el *jockey* y el *chauffeur* se presenten en Chicago, Boston ó New York, para explicar en larguísi-

mos monólogos, mejor ó peor hilvanados, el *arte* de dar puñetazos, la *ciencia* de manejar solípedos ó las delicias que se experimentan rompiéndose el bautismo en un automóvil.

Ahora bien: para un empresario, la naturaleza de una popularidad es cuestión de poca monta. Marconi explicando su portentoso descubrimiento desde el escenario de un teatro, puede producirle tres *llenos*.

Frank Erne, refiriendo sus grandes triunfos en el *Park-au-Princes*, de París, le produce tres llenos también. Luego, para el empresario, Marconi es igual á Erne, puesto que, á pesar de ser sabio, no produce más que el ciclista.

El viejo Kruger, vencido por los ingleses, representa en la escala de las notabilidades una cantidad igual de popularidad que Fittzsimmons, vencido por Jeffries. Lord Kitchener, vencedor de los boers, produce tanto como Erne, el ciclista que venció en París.

Y si Fittzsimmons, Erne, Jeffries y Fournier han aceptado proposiciones ventajosas para aparecer en público á recitar monólogos acerca de sus especialidades respectivas, no vé razón el empresario yankee para que no las acepten Marconi, Lord Kitchener, Gabriel D'Anunzio.. ó el Czar.

A Cervera después de su derrota, al Almi-

rante Dewey después de su triunfo, se les ofrecieron contratas tentadoras, que con gran descontento de muchos se negaron á aceptar.

Y aun al mismo Napoleón el Grande, si hubiese venido á América despues de Waterloo, no habrían vacilado los yankees en ofrecerle un *puesto distinguido* en las filas de jinetes de algún antepasado de Buffalo Bill.

Baltimore, Enero de 1903.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA MAHOMA

Una vez más ha quedado demostrado que las pequeñas causas suelen producir los grandes efectos.

En Marruecos, esa faja de tierra africana donde obtuvo España su última victoria, ha estallado un formidable movimiento revolucionario.

Trátase nada menos que de derribar del trono de sus mayores al Sultán, hombre que, según dicen los que han tenido el gusto de conocerle, es el creyente menos creyente de cuantos pierden su tiempo leyendo el Corán, y prestando atención á los desatinos que grita el muezin desde los empinados minaretes de la mezquita.

*
* *

La hermosa Zoraida, muellemente reclinada sobre los blandos almohadones de un diván,

aguarda impaciente la llegada de su muy amado señor.

El perfume que exhalan las flores del jardín y el humo aromático que despiden los soberbios pebeteros, embalsaman la tibia atmósfera de aquella estancia-lecho donde reposa la favorita del Sultán.

El melancólico tañido de las guzlas, el murmullo de las cristalinas aguas que se deslizan bajo el ajimez, el trino melodioso de los pintados pajarillos, el arrullo tierno y melancólico de dos palomas que, uniendo sus picos sonrosados en un beso supremo, murmuran dulcemente la palabra inmortal... Todo esto, mezclado y confundido, lo percibe vagamente la enamorada Zoraida, cuyos ojos de negras y larguísimas pestañas se cierran bajo la enervante caricia del amor.

Giazul, la esclava predilecta de la favorita, recita en alta voz la historia romántica de los amores de la princesa Zaira con el apuesto Jusuff-Alí, el último benimerín:

..«*Y saltando ligero del brioso palafrén, penetró Jussuff en el jardín del regio alcázar, donde ya le aguardaba la bella Zaira, temblando de amor y de felicidad...*»

No pudo Guiazul terminar el párrafo.

De repente un ruído espantoso, inusitado,

imposible de explicar, resonó en el patio; y casi al mismo tiempo un enorme carruaje de extraña forma, que arrojaba espesas columnas de humo apestoso, penetró hasta el pie de la escalinata que conduce al harem. Del fondo del carruaje saltó al suelo una especie de demonio en traje de buzo, la cabeza cubierta con una gorra de hule y el rostro (si lo tenía) tapado con unos inmenscs anteojos.

La guardia de palacio se precipitó sobre lo que tomaba por una aparición fantástica. Pero no tardó en restablecerse la calma.

Quien había llegado era, simplemente, el sultán Muley-Abdel-Asís, que había tenido la peregrina ocurrencia de ir á visitar á la hermosa Zoraida en un automóvil, con indumentaria de *chauffeur* (!).

El pueblo aceptó esta innovación, aunque de mala gana.

El emperador, menos creyente y más europeo cada día, se hizo llevar de París un traje de etiqueta, y se presentó una noche ante sus aturdidos cortesanos vestido de frac y corbata blanca.

Continuaron las reformas: la escolta imperial fué armada con rifles de repetición: las favoritas empezaron á consumir perfumería de Atkinson y Piver, y se oprimieron el flexible talle con corsets *droit-devant.*

El pueblo, resignado, aceptó estas innovaciones. Todo marchaba bien.

Pero llegó un momento en que el Sultán, entusiasmado con su obra civilizadora, llegó á olvidarse de Mahoma, del Corán y hasta de su dignidad imperial. Y una tarde presentóse en público montado en una bicicleta de carrera, fabricada en Ohio.

Y allí fué Troya!

Todos los que rodeaban al soberano, desde el Gran Visir hasta el último fakir, lanzaron una exclamación de ira.

***

Dijo Mahoma:

«*Una mesa se sostiene sobre cuatro patas; quitadle una, y aún se podrá sostener; pero si sólo le dejáis dos patas, se volcará.*»

Mahoma, aunque bastante aprovechadito para su siglo, no estaba igualmente fuerte en todas las asignaturas.

Y en Física, sobre todo, era tal su incompetencia, que no habría podido examinarse, ni aun con el célebre programa con preguntas y respuestas del Dr. Caro.

No sabía lo que era la inercia, ni la fuerza centrífuga, ni la centrípeta; no entendía de otra fuerza que la de los puños.

O tal vez sí entendía; pero no le convenía que *se corriera la voz*, y prefería pasar por ignorante; porque según es notorio, Mahoma era un árabe que sabía hacer el sueco de manera admirable.

El caso es que el profeta dijo que ningún objeto inanimado puede sostenerse sobre dos ruedas ó dos pies; y los musulmanes lo creen así.

Por eso se indignaron al ver al Sultán desmentir de ese modo á Mahoma.

Y dió comienzo la revolución.

Muley-Abdel-Asís se defiende como bueno, y afirma que vencerá. Pero á fuer de hombre precavido, lleva siempre consigo la bicicleta causante de la revuelta, la que puede serle muy útil, en caso de derrota, para huir de la quema.



¿Queréis saber ahora la *impresión americana* del suceso?

Pues que los empresarios yankees están ya á la espectativa, para ofrecer al Sultán, en caso de que le destronen, una ventajosa contrata para que se presente, con su famosa bicicleta, en un importante circo de Filadelfia.

Filadelfia. Enero de 1903.

EL PLACENTERO MR. TAFT

Come in, *sir*, *come in; how do you do?*

—Señor Secretario...

—Déjese de títulos altisonantes, *my friend:* llámeme «Mr. Taft» á secas.

—*Oh, very well! how do you do, Mr. Taft?*

—*Very well, thank you:* DELIGHTED!, como dice mi buen amigo *Teddy.*

—¿Quién?

—Hombre!, Teodoro, el Presidente, Roosevelt, en una palabra. Ya sabe usted que ha puesto de moda entre los políticos y diplomáticos de mi país esta expresión: *delighted.* Yo sólo la empleo en ciertos y determinados casos: cuando tengo verdadero gusto de ver á una persona: á usted, por ejemplo: *¡Delighted to see you, my friend!* Y, á propósito, ¿cómo se llama usted?

—Fulano de Tal.

—Ah, sí; ¡qué memoria la mía!... de Tal, el *dear* señor de Tal; *how do you do, mister de Tal? I am delighted to see you!...*

—Desearía saber...

—Sí, ya comprendo: cómo está mi esposa, ¿no es eso?

—Eh?

—Vaya, hombre, vaya!, ustedes los chicos de la prensa habanera son siempre tan amables, tan corteses, tan galantes con las damas. Pues bien, Mrs. Taft y yo nos reuniremos en Puerto Rico. Usted no puede tener una idea de lo mucho que ha sentido ella el verse privada del placer de venir á la Habana, para dar personalmente las gracias á los repórters, por las muchas finezas y atenciones que le dispensaron; pero no importa! aquí estoy yo para eso. *Thank you, my friend, thank you, very much!* Y ¿qué tal marcha su periódico? Supongo que muy bien: oh! su periódico es uno de los que leo con más gusto desde que llegué á la Habana. ¿Cómo se titula su periódico, *my friend?*

—¿Y qué me dice de los gallos?

—Ah!, sí, los gallos, jé, jé, jé! los gallos... los *roosters*, que decimos en inglés: es un animal muy simpático el gallo: ¿no opina usted lo mismo *my friend?* A mí no deja de gustarme; pero prefiero los pollos tiernos, *spring chickens*,

que decimos por allá. Y ¡qué ricamente los prepara Sherry! ¿Se acuerda usted de Sherry, *my friend?*

—Sí; pero yo no me refiero á eso, Mr. Taft: lo que deseo que me diga es algo sobre las peleas de gallos.

—Oh!, las peleas de gallos, eh!, jé, jé, jé!, las peleas de gallos... *cock fights*. Me han dicho que una parte del pueblo cubano es algo aficionada á ese sport. Yo, por mi parte, prefiero el *base-ball*. Y, á propósito de *base-ball*, ¿qué tal anda el *Jai-Alai?*

—Quisiera conocer su opinión sobre el problema cubano.

—*Eh! who knows!:* recuerde usted que yo acabo de llegar y que apenas si he tenido tiempo para cambiar impresiones con Mr. Magoon.

—Me parece, sin embargo, que...

—Venga á verme cada vez que lo desee. Yo siempre tengo mucho gusto en verlo á usted, mister de Tal.

—Y de las elecciones, qué?

—Bien, qué?

—Eso pregunto yo.

—Y yo.

—¿Se celebrarán en breve?

—Es probable.

—¿En Octubre?

—No es difícil.

—¿Se demorarán, acaso, hasta Diciembre?

—Tal vez.

—¿Y entre tanto?

—¡Oh!, entre tanto! qué simpático es usted! Ahora tengo que salir en automóvil con Magoon. ¿Quiere usted acompañarnos, mister de Tal? No deje de volver á verme. *Good day, my friend, good day. I am delighted to see you!*

*
* *

Y Mr. Taft sube al automóvil, donde ya le aguarda Magoon, y en el que, por consiguiente, apenas queda sitio para el *chauffeur*.

*
* *

Todo el que diga que ha logrado *sacarle más* al sonriente secretario de Roosevelt, falta abiertamente á la verdad.

Habana, Noviembre de 1907.

EL JURADO

« Alguien va á pedir que se establezca en Cuba el juicio por jurados. La cosa parece absurda cuando se recuerda que la complexión psicológica y el estado social de este país y el jurado son absolutamente incompatibles.»

CUBA.

(*Editorial de ayer.*)

Pues... estaríamos frescos!

YO.

Mi ilustre amigo Mr. Ira W. O'Reilly, famoso jurisconsulto americano, me refirió hace cosa de dos años, en una de esas deliciosas sobremesas del café *Savarin*, la siguiente curiosísima anécdota, de cuya histórica autenticidad respondo:

«Acababa de obtener mi título de abogado, cuando cierto día recibí un oficio de la Corte Criminal, en el que se me comunicaba haber sido nombrado, de oficio, para encargarme de la

defensa de un irlandés llamado Patrick Mc. Govern, acusado de asesinato.

«No podía negarme; y como sólo disponía de veinticuatro horas para imponerme del sumario, me apresuré á examinar el legajo de papelotes que había dejado sobre mi mesa el alguacil que me trajo la notificación.

«Una rápida ojeada me bastó para comprender que mi cliente estaba perdido.

«En su crimen—que ni siquiera podía negar, por haber sido cometido en presencia de varios testigos—concurrían todas las circunstancias cualificativas del asesinato *en primer grado*—como decimos aquí—y que, como usted sabe, se castiga invariablemente con la *silla eléctrica*.

«Premeditación, alevosía, ensañamiento.. de todo esto había en el crimen de Patrick; y á mayor abundamiento, y como para que el caso resultara *completo*, el imbécil de Mc Govern había cometido el asesinato á las doce de la noche, lo que complicaba el asunto, pues concurría la circunstancia agravante de nocturnidad.

«Sin perder un minuto me dirigí á la cárcel de *Las Tumbas*, y solicité ver á mi defendido.

«—*Pat*, le dije, eres un bestia, como tal has procedido, y nada tienes que esperar. Haré en obsequio tuyo cuanto pueda; pero desde ahora

te prevengo de que todo será inútil, y que ni yo ni nadie puede salvarte de la *silla eléctrica.*

«—Bien está, suspiró el pobre diablo; ¿qué le vamos á hacer ?

« Aquella estoica resignación me conmovió; y resolví hacer todo género de esfuerzos para impedir que cayera sobre su cabeza todo el peso de la Ley.

« Llegó el día señalado para el juicio; y sin inútiles discusiones procedimos, el fiscal y yo, á la elección del jurado, que en menos de un cuarto de hora estuvo completo.

« Uno de sus miembros llamó desde luego mi atención: era un irlandés cerrado, una especie de *Pat*, á quien se parecía en todo, tanto en lo físico como en lo moral.

«—Este, me dije, es el hombre que necesito. Y cuando á medio día se suspendió la vista para ser continuada á las dos de la tarde, me valí de ciertos ardides, muy conocidos de todos los abogados neoyorkinos, y conseguí hablar á solas durante cinco minutos con aquel individuo.

«—Amigo mío, le dije: al pobre Patrick Mc Govern lo van á matar en la *silla eléctrica*, y usted será responsable ante Dios de su muerte.

« El hombre me miró, abriendo desmesuradamente los ojos.

«—Usted es católico, proseguí diciendo, lo

mismo que él, y como él irlandés. Pues bien: usted no debe nunca consentir que ese hombre, que es su compatriota y su hermano en Dios, perezca en el cadalso. Patrick ha cometido un crimen horrendo, es cierto; pero no porque él haya matado tiene usted el derecho de hacerle morir. Si usted no quiere que muera, no morirá, pues para condenarle es preciso que los doce individuos que componen el jurado estén de acuerdo. Soy el primero en comprender que Mc Govern debe ser castigado; pero me parece que con que le condenen á reclusión perpetua la justicia de los hombres no quedará burlada, y Dios, en su infinita bondad, se alegrará de que no muera ese desgraciado. Para lograr esto, no tiene usted que hacer más que mantenerse firme cuando llegue el momento de la votación, y sostener que se trata de un *homicidio* y no de un *asesinato*.

« El hombre vaciló, tartamudeó algunas vaciedades; pero acabó por dejarse convencer; y cuando me separé de él me había jurado, por Dios y San Patricio, que no cedería un ápice, y que por mucho que le instaran sus compañeros de jurado, no votaría sino por *homicidio*.

« Se reanudó la sesión: hablé durante media hora; ¡qué informe tan disparatado!; pero resultó *bonito*, como resultan siempre los discursos

que carecen de lógica, y no dejó de causar cierta impresión en el auditorio.

«Después habló el fiscal, y en seguida se retiró á deliberar el jurado.

«Una hora más tarde regresó.

«—¿Cuál es vuestro veredicto?, preguntó el juez.

«—Estimamos, respondió el presidente, que el acusado es culpable de.. *homicidio.*

«¡Creí volverme loco de alegría! El irlandés, evidentemente, había cumplido su juramento.

«Patrick fué sentenciado á cadena perpetua; y todos abandonamos la Corte Criminal.

«Ya en la calle, me detuve para aguardar á *mi hombre*, que no tardó en salir.

«—Gracias, amigo mío, le dije; se ha conducido usted como un caballero... pero vamos á ver: refiérame usted los incidentes de la votación; porque estoy seguro de que habrá tenido usted que luchar..

«—¡Qué si he tenido que luchar!.. respondió aquel imbécil, limpiándose el sudor que corría por su frente: no lo sabe usted bien. Figúrese que todos estaban empeñados en que *Pat* era inocente; pero como yo había jurado mantenerme firme en lo del homicidio!..»

* * *

Esto ocurrió nada menos que en los Estados Unidos.

Ahora «alguien va á pedir que se establezca en Cuba el juicio por jurados».

¡Por vida de *Pat!*

Habana, Enero de 1908.

DECADENTISMO

¿CONOCEN ustedes al poeta Isaías Gamboa M?

Allá, en un rincón selvático y obscuro de los Andes, en medio de las medrosidades y lobregueces espectrales de los bosques vírgenes de la virgen América, sin más compañía que el dulce trinar de las canoras aves y el recuerdo ¡ay! melancólico, de la *ella* amable y pálida, de transparentinas manos liliales, el bardo gris, el dulce y soñador Apolo andino, templa su laúd. . .

***

Esto, traducido al castellano, significa que un sujeto llamado Isaías Gamboa M. (Martínez ó Menéndez) que tiene el mal gusto de vivir cerca de la Cordillera de los Andes, y que mata sus ocios escribiendo versos (muy ripiosos probablemente) se prepara á perpetrar un libro de poesías, mejor ó peor hilvanadas.

El primer párrafo, el que me he visto precisado á verter al lenguaje que mejor conocemos

los cubanos, aparece todos los días en uno ó más periódicos habaneros.

Tú debes haberlo visto muchas veces, amigo lector.

Forma parte de esa prosa enfermiza que cultiva con deleite una porción no pequeña de la falange de literatos en agraz que padecemos, para quienes no existe otro dios que el disparate, ni más culto que el *auto-bombo*.

Engañados por elogios prematuros (y las más de las veces inmerecidos); cegados más tarde por un concepto exagerado de su propio valer, esos jóvenes, á muchos de los cuales no les faltan aptitudes ni talento, consumen los años mejores de su vida en una lucha estéril, que acaba por rendirlos, por aniquilarlos, por hacerles insoportable la existencia, que sin embargo, tan plácida y risueña se les ofrecía.

Y es que se obstinan en vivir en un mundo imaginario que sus cerebros calenturientos han forjado; que no quieren amoldarse á la vida, sino que, por el contrario, pretenden que la humanidad entera se amolde á sus necios caprichos.

¡Átomos impalpables que en su ridícula soberbia se juzgan capaces de hacer volcar el carro inmenso de Juguernault!

Son misántropos: odian á sus semejantes,

porque se niegan á aplaudirlos; y no comprenden, ¡no acaban de comprender!, que lo que el mundo siente por ellos no es mala voluntad, sino indiferencia.

¡Ah! yo quisiera tener alguna influencia sobre ellos, para decirles:

¡Deponed vuestra actitud airada: venid al seno de la vida, que aquí os aguardamos con los brazos abiertos! Compartiréis con nosotros ciertos deleites cuya existencia ni siquiera sospecháis. Amaréis realmente y seréis amados. Estrecharéis en vuestros brazos mujeres de carne y hueso (no fantásticas *princesas azules de ojos glaucos ú opalinos*, únicas hembras que hasta el presente habéis logrado abrazar); comprenderéis que no es sólo posible, sino fácil, comer todos los días; os convenceréis de que las niñas pálidas y rubias de mirar *tortolino* gustan más del galanteo de un hombre fuerte, vigoroso, elegante y bien oliente, que sepa deslizar en sus oídos algunas palabrejas oportunas, que de los madrigales *nostálgicos* y llorones del vate pringoso de luenga y enmarañada cabellera, debilucho de espíritu y de cuerpo, é incapaz de ganarse el pan de cada día como debe hacerlo todo fiel cristiano. Y acabaréis por convenceros de que ese poeta Isaías Gamboa, del rincón más tenebroso de los Andes; y el otro,

Melquiades Sotomayor, director del Ateneo de Tlampanclampec; y éste, y aquél, y el de más allá, son todos unos idiotas; sí, señores, unos idiotas, tal como suena; y vosotros hacéis un papel muy ridículo cuando les dirigís elogios, que os pagan luego con un nombramiento de socio correspondiente de la academia de Santa Fe de Cucurumacacá, ó cosa por el estilo.

Yo les diría todo esto; y añadiría, para terminar:

Tened cuidado, mis jóvenes amigos: os estáis convirtiendo en algo peor que el *hazme reir* de la humanidad: sóis ya su *hazme sonreir*. Y si la risa es mala, la sonrisa es atroz.

Habana, Octubre de 1907.

EL REPORTER

To report es el infinitivo de un verbo inglés, que libremente traducido al castellano significa la mar de cosas.

Avisar, notificar, anunciar, comunicar, dar parte... todo esto se dice—ó puede decirse—en buena fabla anglo-sajona, *to report*.

Dicho esto, no es necesario añadir que *reporter*—derivado de *to report*—significa la persona encargada de anunciar, dar aviso ó hacer saber á las demás todo ó algo de lo que ocurre por esos mundos de Dios.

En los periódicos americanos, en los ingleses, aun en los españoles (y este «aun» va sin intención de lastimar á nadie) un repórter es todo un personaje. Antes de ser admitido como tal, tiene que hacer un largo y penoso aprendizaje, y demostrar teórica y prácticamente que reúne aptitudes para el oficio.

Un repórter está obligado, en primer lugar,

á no ser un sabio, y en segundo lugar, á no figurarse que lo es. Tiene, además, que ser activo, inteligente, laborioso, muy amante de su profesión y nada literato.

Al redactar sus notas debe procurar hacerlo con claridad, y siempre que sea posible, con concisión, omitiendo lo que el sentido común y el buen gusto aconsejan omitir.

Siendo la parte informativa de un periódico moderno acaso la más importante—puesto que es la que cuenta con mayor número de lectores—el director debe cuidar de que sus repórters no limiten sus esfuerzos á traer noticias, sino que también está en el deber de exigirles que las redacten como Dios y el buen sentido mandan.

Tanta importancia conceden á esto los americanos, que en todos los grandes diarios de los Estados Unidos hay redactores especiales, llamados con mucha propiedad «correctores de estilo», cuya misión consiste en dar forma á los trabajos reporteriles que adolecen de defectuosa redacción.

Si en los periódicos cubanos contásemos con esos correctores de estilo, las informaciones no resultarían—como resultan en muchos casos—cabeza abajo; es decir que empiezan por donde debían acabar.

Se trata de un suceso de importancia, por ejemplo: del *Crimen de ayer*.

Un repórter inexperto, empieza su información en esta forma:

«En la calle de tal, número tanto, del pintoresco barrio de cual, reside desde hace muchos años, en unión de su distinguida familia, el probo é inteligente empleado señor Fulano, persona de relevantes méritos y reconocidas dotes de laboriosidad y honradez.

«Una de las hijas del señor Fulano, llamada María, preciosa joven que acaba de cumplir 18 años, sostenía desde el mes de Noviembre del pasado año, relaciones amorosas con un joven de apellido García, compañero de oficina del señor Fulano.

«Parece que María, disgustada por ciertas desavenencias que tuvo con su novio, resolvió romper definitivameute con él, marchándose al campo en compañía de su señora madre, doña Fulana, y de su primo, el joven señor Menganito de Cual.

«Celoso el García, resolvió dar muerte á su rival odiado; y en la madrugada de ayer, en momentos en que Menganito salía de la estación del ferrocarril... etc.».

Lo lógico sería empezar la *información* de esta manera:

«Como á las cinco de la madrugada de ayer, fué asesinado el joven Menganito de Cual, por don Fulano García, en momentos en que salía en un carruaje de punto de la estación del ferrocarril.»

Y luego—como detalles informativos de importancia secundaria—hablar de los móviles del crimen; de la honradez y laboriosidad del probo empleado y del viaje de la niña al campo, en compañía de su mamá.

Habana, Enero de 1908.

A LA JUVENTUD CUBANA

Casi todos los artículos que forman los capítulos de esta obra fueron escritos en aquella época feliz en que Cuba, nación independiente y soberana, se ofrecía al mundo como ejemplo vivo de lo que pueden la abnegación, el patriotismo y la cordura de un pueblo.

¡Con cuánto placer y, al mismo tiempo, con cuánta tristeza acude á mi memoria el recuerdo imborrable de aquella pequeña república, tan ordenada, tan floreciente, tan digna de admiración y respeto!; de aquella república que yo me complacía en presentar, como modelo, ante esos mismos americanos que entonces nos aplaudían con entusiasmo, y que hoy (¡vergüenza para nosotros!) nos contemplan con lástima, ó nos miran de soslayo con desprecio.

Y, sin embargo: á pesar de todas nuestras faltas, de todos nuestros errores y de todas

nuestras culpas, no necesitamos que nos compadezcan, ni merecemos que nos desdeñen.

La inexperiencia del pueblo cubano, su defectuosa preparación para el gobierno propio y, acaso más que nada, su detestable educación *hispano-tropical*, fueron causa de que se hundiera la república que á costa de tantas lágrimas y tanta sangre habíamos fundado.

De esa catástrofe que á todos por igual nos afecta, no debemos—ni honradamente *podemos*—culpar á nadie por separado; pero, al mismo tiempo, podemos y *debemos* acusarnos todos en conjunto.

Pero no basta con que reconozcamos el error pasado. Para que Cuba se levante del estado de postración y enervamiento en que yace; para que logremos verla de nuevo próspera y feliz (tan próspera y feliz como ella merece ser y nosotros queremos que sea) es preciso que nos arrepintamos de lo hecho, é indispensable que hagamos firme propósito de enmienda.

Nos encontramos, precisamente, en uno de esos grandes momentos históricos en que la salvación de un país depende de la honradez y del patriotismo de sus hijos.

De lo que hagamos ahora dependerá lo que tendremos que hacer luego.

No debemos echar en olvido que una falta

(la más leve) puede precipitar una catástrofe irreparable, una catástrofe que al convertir á Cuba en factoría de una poderosa nación extranjera, reduciría á los cubanos á la humillante condición de parias.

¡Evitemos que tal suceda!; ¡evitémoslo los patriotas por decoro!; ¡evitémoslo todos por espíritu de conservación!

¿Qué importa que Cuba prospere y se engrandezca al amparo de ese pabellón de *las estrellas y las barras*, que en días de gloriosa memoria tremoló junto al nuestro, pero que hoy amenaza con flotar *en lugar* suyo? ¿Qué importa que bajo el gobierno de los yankees aumente el valor de los terrenos, y florezca la industria, y renazca la agricultura y se extienda el comercio? ¿Qué importa que el suelo que pisamos llegue á valer diez, cien, mil veces más de lo que hoy vale, si toda esa prosperidad y toda esa riqueza estarán en manos extrañas? ¿Qué importa que Cuba se transforme en un paraíso, si no seremos sus hijos quienes habremos de disfrutarlo?

Preguntad á los boers, preguntad á los puertoriqueños, preguntad á los tunecinos, si la prosperidad de que hoy gozan sus respectivos países les afecta y beneficia á ellos en lo más mínimo.

¡Impidamos á toda costa que esta tierra, donde nacimos deje de ser nuestra patria, para convertirse en nuestra cárcel!

Y ¿quién, juventud cubana, quién con más eficacia que tú podrá impedirlo? ¿quién con más derecho que tú lo impediría? ¿quién se atrevería á disputarte el honor de guiar á nuestro pueblo por la senda del bien, á ti, que eres buena, á ti, que eres robusta, á ti, que eres heroica, á ti, que eres grande?

¡Lucha sin tregua, juventud cubana!; ¡arranca de tu corazón noble y generoso el germen deesa terrible enfermedad que aniquila á casi todos los pueblos de nuestra raza, y que se llama *odio de partidos*...

Y suceda lo que suceda, y tomen los acontecimientos el sesgo que tomaren, tú debes siempre pensar que Cuba está sobre todo y muy por encima de *todos*.

¡Sé laboriosa, juventud cubana; sé honrada, sé enérgica, y sé, antes que nada, amante—muy amante—de tu patria, y celosa—muy celosa—de su honra!

Habana, Septiembre de 1908.

FIN.

INDICE

Páginas

Páginas